

LOS ARTRÓPODOS EN LA MITOLOGÍA, LAS CREENCIAS Y EL ARTE DE LOS FENICIOS

Víctor J. Monserrat

Departamento de Zoología y Antropología Física, Facultad de Biología, Universidad Complutense, 28040 Madrid (Spain).
– artmad@bio.ucm.es

Resumen: Aunque apenas sabemos casi nada de ellos, en comparación con otras civilizaciones como los babilonios, egipcios, persas, griegos y romanos, nos adentramos en el artrópodo mundo fenicio en base a los escasos elementos entomológicos que sobre ellos se han conservado, y buscaremos nuevos datos a través de las ancestrales referencias neolíticas-canaanas-sirio-palestinas que heredaron, y sobre todo a través de las referencias indirectas que, mucho mejor documentadas, nos han aportado de ellos los egipcios, hebreos, mesopotámicos, minoicos, persas, griegos y romanos.

Tras un breve comentario introductorio sobre su origen, su historia, sus creencias y su estructura social y religiosa, nos iremos acercando a su escueto zoológico. Comentamos primero, de forma general, sus animales, y posteriormente sus artrópodos en particular, formando algunos artrópodos parte consustancial en sus creencias, con una enorme importancia simbólica, mágica y ritual. Hallamos en ellos reminiscencias de la mariposa, atávicamente asociada a la feminidad y a sus deidades femeninas, de la abeja, asociada a la fertilidad, y, en especial, del escarabajo sagrado egipcio, Kepri, que abandonando su carácter sagrado permanece fuertemente asociado a sus supersticiones y prácticas funerarias, apareciendo en multitud de ejemplos de su arquitectura, escultura, arte mobiliario y pintura.

Intuimos y anotamos también algunos datos entomológicos sobre su escritura, sus escasos textos conservados y sus creencias y costumbres, en las que los artrópodos y sus derivados pudieron participar (rituales, ofrendas, objetos de adorno y funerarios, cerámica, sellos, amuletos, estelas, etc.), mencionando algunos elementos de su apicultura y su famosa cera púnica, así como los que hallamos en su numismática.

Los fenicios contribuyeron a que alguno de estos entomológicos conocimientos, mitos y creencias, en particular la apicultura y el culto al escarabajo, se extendieran por el Mediterráneo y pasaran, en algunos casos, a Occidente, ya que a través del contacto comercial y bélico con los minoicos, libios, iberos, etruscos, sardos, sículos, mesopotámicos-persas y griegos acabarán llegando al Hellenismo, y cuyo legado fascinará y parcialmente recogerá y hará suyo el mundo romano, que también hará suyas muchas de sus técnicas y conocimientos.

Palabras clave: Artrópodos, fenicios, entomología cultural, mitología, arte.

Arthropods in Phoenician mythology, beliefs and art

Abstract: Though almost nothing is known about them, compared to other civilizations like the Babylonians, Egyptians, Persians, Greeks or Romans, we enter the Phoenician arthropodian world on the basis of the few entomological elements related to them that have been preserved, and we will seek new information through the ancient Neolithic-Canaanite-Syrian-Palestinian references that they inherited, and mainly through indirect references to them, these much better documented, provided by Egyptians, Mesopotamians, Greeks and Romans.

After a brief introductory comment on their origin, their history, their beliefs and social and religious structure, we will approach their brief zoo. Firstly we will discuss their animals in general, and subsequently their arthropods, some of which were an integral part of their beliefs, with an enormous symbolic, magical and ritual importance. We found among them reminiscences of the butterfly, atavistically associated with femininity and their female deities, the bee, associated with fertility and, especially, the Egyptian sacred scarab, Kepri, which, after losing its sacred character, remained strongly associated with their superstitions and burial practices and appears in many examples of their architecture, sculpture, furniture and art.

We note and also intuit some entomological data in their writing, in their few surviving texts, in their beliefs and in the customs in which arthropods and their derivatives could have intervened (rituals, offerings, ornaments/ funeral, pottery, seals, amulets, stelae, etc.), mentioning some elements of their beekeeping and the famous Punic wax, as well as those found in their coins.

The Phoenicians contributed to spreading some of this entomological knowledge and some myths and beliefs, in particular beekeeping and the cult of the beetle, all over the Mediterranean and; in some cases those elements reached the West, and through their commercial and military contacts with the Minoans, Libyans, Iberians, Etruscans, Sardinians, Sicilians, Mesopotamian-Persians they eventually reached Hellenism, whose legacy would be appreciated and partially adopted by the Roman world, which would also appropriate a lot of their techniques and knowledge.

Key words: Arthropods, Phoenicians, Cultural entomology, mythology, art.

Introducción

Iniciada la línea de investigación en la que tratamos de anotar la presencia y significación de los artrópodos en las diferentes civilizaciones y culturas por las que la Humanidad ha ido transitando, y habiéndonos ocupado ya de la Prehistoria, las Civilizaciones Mesopotámicas y el Antiguo Egipto (Monserrat, 2011 a, 2012a, 2013), continuamos con la presente contribución abordando el casi desconocido mundo de los fenicios. Ya habíamos hecho alguna referencia a ellos en alguna

otra contribución, y en mayor medida al tratar la obra de Heródoto o la Numismática Griega (Monserrat, 2011 b, 2012 b), pero ahora los tratamos de forma más particular y extensa.

El reto de esta contribución es particularmente arduo, ya que apenas sabemos casi nada de ellos, al menos en comparación con otras civilizaciones como los sumerios, los babilonios, los egipcios o los persas, y no digamos los griegos o los romanos (Herm, 1976; Blázquez, 1992; Gras *et al.*, 1995).

Aun así, trataremos de adentrarnos en el artropodiano mundo fenicio en base a los escasos elementos entomológicos que sobre ellos se han conservado, y buscaremos nuevos datos a través de las ancestrales referencias paleo/ neolíticas-canaanas - sirio/palestinas que heredaron, y sobre todo, a través de las referencias indirectas que, mucho mejor documentadas, nos han aportado de ellos los egipcios, mesopotámicos-persas, griegos y romanos.

Hablaremos someramente sobre el origen, el desarrollo, la mitología y las costumbres de esta intrépida y poco conocida civilización que abrió los caminos del Mediterráneo, y haremos incapié en los elementos que puedan estar relacionados con nuestros queridos artrópodos. Intuimos y anotamos algunos datos entomológicos en su escritura y en sus escasos textos conservados, así como sobre sus creencias y costumbres en las que los artrópodos y sus derivados pudieron participar (rituales, ofrendas, objetos de adorno/ funerarios, cerámica, sellos, amuletos, estelas, etc.), mencionando algunos elementos sobre su medicina, su apicultura y su famosa cera púnica, así como los que hallamos en su numismática (Fig. 1-52).

Los fenicios, origen, historia y ocaso

La mayor parte de las referencias escritas sobre sus orígenes e historia son mayoritariamente indirectas, bien religiosas, literarias, comerciales o bélicas, a través de sus vecinos (asirios, egipcios, hebreos/ israelitas, persas, griegos o romanos), y mayoritariamente en ellas se basa la construcción de su historia, desde la primera referencia real documentada sobre su existencia, durante el segundo milenio a.C. (correspondencia entre el rey de Biblos y el faraón Akhenatón incluida en los *Archivos de Amarna*) a su aniquilamiento y definitivo ocaso tras la Tercera Guerra Púnica, entre el 149 - 146 a.C. (textos y crónicas del asedio y actuación de los ejércitos de Publio Cornelio Escipión sobre Cartago escritos por Tito Livio, Apiano, etc.). El resto, lo podríamos llamar sus registros propios, no son más que escuetas referencias epigráficas escritas en textos funerarios, estelas, etc., que aunque numerosas (especialmente las más recientes provenientes de Cartago), no son poco más que dedicatorias votivas reiteradas de las que extraemos nombres de deidades o de finados, pero apenas casi nada sobre sus creencias, rituales o acontecimientos históricos, ni siquiera sabemos con seguridad cómo se llamaban ellos mismos (Moscati, 1988). En cualquier caso intentaremos desenmarañar su historia partiendo de su ubicación física/ geográfica original.

Fenicia (en fenicio *kana'an* o *Pūt*) es el nombre de una antigua región de Oriente Próximo, cuna de la Civilización Fenicio-Púnica, que se gestó en la costa oriental del mar Mediterráneo. Su estrecho territorio, entre las montañas y el mar, abarcaba unos 300 km desde la desembocadura del río Orontes (al norte) y la bahía de Haifa (al sur), comprendiendo áreas de los actuales estados de Israel, Siria y Líbano, una región denominada antiguamente por algunos como Canaán. El nombre étnico que, según *La Biblia*, se daban los fenicios a sí mismos era (*kena'an* "canaaneos" o *bin kena'an* "hijos de Canaán"), y coincide con el pueblo cananeo citado en este texto, pero solo de la zona sirio-palestina, y no parece definirlos como tal en su conjunto; de hecho, también este texto cita al pueblo sidonio o tirio, que han de considerarse previos a los fenicios propiamente dichos (Herm, 1976; Moscati, 1984,

1988; Gras *et al.*, 1995), y quienes tras las invasiones de los *Pueblos del mar*, hacia el s. XII a.C., empiezan a tener una identidad propia, especialmente hacia el 1200 a.C. Los griegos de los tiempos de Homero llamaron Φοίνικες (*phoinikes*, "rojos, púrpuras") a los habitantes de las zonas costeras del actual Líbano, muy probablemente por los apreciados tintes de color púrpura con los que teñían los tejidos con los que se vestían y con los que comerciaban (Herm, 1976). De *phoiniks* derivó el término "fenicio", que se aplica más bien a los descendientes de los cananeos y que habitaban en la franja costera desde Dor (actual Israel) hasta Arados o Arwad (actual Siria), entre el 1200 a. C. y la conquista musulmana. Este término denominaba estrictamente la región costera de Canaán (cananeos citados en *la Biblia*), y muchos de los pueblos fenicios lo utilizaban como sinónimo. De *phoinix*, *pōnīm* ("hombre de la púrpura") o de raíces hebreas y egipcias *poniki*, derivarían también las formas latinas "*poenus*" y "*punicus*", con los que pasarían a la Historia (el término se acabó circunscribiendo a los fenicios cartagineses), por lo que la denominación de este pueblo es variable según el origen de las citas y el paso del tiempo (cananeos, fenicios, púnicos/ cartagineses), aunque ha de decirse que nunca tuvieron noción de nación/ estado (solo localmente se autodenominaban tirios, sidonios, gibilitas, etc., dependiendo de su ciudad de origen), ni jamás intentaron reconocimiento político como unidad común (Corzo, 1988).

Su suelo era montañoso y poco apto para la agricultura, aunque sus codiciados cedros y sus conocimientos en viticultura fueron bien conocidos ya desde antiguo, y por poner algunos ejemplos citemos *Las lamentaciones de Ipu-ur* (texto egipcio del III milenio: *Hoy día nadie navega hacia el norte con rumbo a Biblos. ¿Qué haremos sin cedros para nuestras momias?*, o el *Papiro de Moscú*, del s. XI a.C., donde se relata el viaje de un tal Wenamón a Biblos, con la intención de comprar maderas para la nave de Amón, o el pacto entre Hiram de Tiro (entronizado c. 969-936 a.C.) y el famoso rey Salomón, firmado para la construcción de su templo con cedros, cipreses y artífices fenicios, o los tributos en marfiles y maderas exigidos al rey de Tiro y Sidón Ithobaal por parte de Asurbanipal II (883-859 a.C.).

Fenicia y sus ciudades y puertos, desde Acre y Tiro, Sidón y Biblos, hasta Arados y Ugarit, por su posición geográfica entre el mar y el desierto de Siria y del Sinaí con Egipto hacia el sur/ este, y hacia Mesopotamia y Asia Menor al norte/ este, estaba destinada a ser una rica encrucijada comercial, que acabará siendo codiciada por los grandes imperios vecinos que acabarán invadiendo su territorio en varias ocasiones. Sin embargo la consolidación del Reino de Israel y de los imperios interiores, y posteriormente de la Civilización Asiria y la Egipcia, dificultaban y limitaban su comercio, y no les quedó "otra alternativa" que el mar.

Los fenicios representan uno de los pueblos más interesantes y enigmáticos (y maltratados por la Historia) de la cuenca oriental mediterránea (Gras *et al.*, 1995), del que por su rivalidad con los griegos primero, y desde Cartago con los romanos después, ha de decirse que las referencias clásicas sobre ellos, también inicialmente griegas, y romanas después (desde Plutarco, Apiano, Heródoto, Diodoro Sículo o Arriano a Plauto, Cornelio Nepote, Virgilio, Cicerón o Flavio Josefo, ya en el s. I de nuestra era.) se nos antojan bastante sesgadas, y como habitualmente la Historia trata a los enemigos/ vencidos, no son nada "amables" (*pueblo rudo y tétrico...; abyec-*

tos en los momentos de miedo, pero feroces en la cólera...; crueles y arrogantes...; avaros...; bribones...; tejedores de enredos...; baldón de astutos ladrones...; hábiles en argucias...; carecen de respeto por los acuerdos y los juramentos...; raza corrupta...; que adoraba ídolos...; que sacrificaba bebés a sus dioses...; que prostituía a sus hijas...; tramosos, y un largo etc.). En *La Odisea*, y en palabras de Ulises (XIV, 278-300), los navegantes fenicios aparecen caracterizados por su astucia en raptos y engaños, y el mismo Eumeno cuenta con detalle cómo fue raptado y vendido (XV, 415-426). También gestos agrios hacia los bribones y engatusadores cartagineses aparecen en comedias de Alexis y Menandro (perdidas) que refleja el *Poenulus* de Plauto (*Poen.* v.125), y el mismo Aristófanes los caracteriza como “los que te dan con una mano y te roban con la otra”, y esta mala fama acabó impregnando su teatro con personajes mentirosos, embaucadores o ladrones, fueran citados como púnicos (Plauto) o cartagineses (Menandro). Pero no todas las referencias clásicas sobre ellos son tan malintencionadas (al menos de sus labores), de hecho en *La Iliada*, Hécula escoge unos paños sidonios que había traído Paris como presente para Atenea, y Aquiles ofrece una crátera sidonia como mejor trofeo en los juegos funerarios de su amado Patroclo (que ya refleja el aprecio griego de sus manufacturas). También, y mucho después, Heródoto, aunque los considera causantes de permanentes disputas con los griegos, da sobre ellos algunas referencias del rapto de la hija del rey de Argos y sus doncellas (que se habían acercado al reclamo del mercadillo/ tenderetes que habían montado los comerciantes que bajaban de las naves fenicias recién llegadas) que incluso hoy día nos resultan muy actuales y cotidianas: “los fenicios...apresaron algunas mujeres, las metieron en una nave, zarparon y se largaron a Egipto” (I, 1), y por ejemplo, sin conocer aún la esfericidad de la tierra, resulta “divertida” su extrañeza cuando describiendo la primera circunvalación conocida del Continente Africano (realizada por navegantes fenicios bajo la orden del faraón Neco de Egipto), le llamaba la atención que estos navegantes comentaran que veían salir el sol por la izquierda (babor) cuando después (de pasar por el Cabo de Buena Esperanza) lo veían por derecha (estribor) (IV, 42). También algo más amable fue la opinión que sobre ellos vertió el gaditano Pomponio Mela (*Corografía*, I, 12): “...raza de hombres hábiles y bien dotados para los oficios de la guerra y de la paz; ellos inventaron las letras y otras obras de literatura y de las artes...”. Las reseñas romanas, particularmente tendenciosas y parciales (Justino, Tito Livio, Apiano, etc.) solo añaden inquina sobre este pueblo (cartagineses) y únicamente se explican para “justificar” la brutal destrucción de Cartago tras la Tercera Guerra Púnica (apropiándose de su ingeniería y técnicas navales con las que consiguieron su cacareado *Mare Nostrum*). Aun así, fueron admirados por los egipcios, por el mismo Rey Salomón, a veces por los griegos, y citados ellos, sus manufacturas o sus ciudades en *La Iliada*, *La Odisea* y 35 veces en *La Biblia*.

La Cultura Fenicia es una civilización que no dejó firmes huellas físicas o monumentales de su existencia (hoy poco más que ruinas o mitos de sus templos y construcciones), sin embargo, y a diferencia de otras, dejó un importante legado cultural a las civilizaciones posteriores, y dado su carácter aventurero y comerciante, entre otras, la de crear una importante red de vías marítimas hasta entonces desconocidas, de ser vínculo e intermediarios entre los pueblos nativos

y las civilizaciones más avanzadas del mar Mediterráneo oriental, de crear el espíritu y los principios comerciales tan admirados desde los griegos (Plinio, *Hist. Nat.* VII, 57, 199; Diodoro, V, 38, 3) a hoy día, y del alfabeto, que tantas lenguas usan/ usamos.

Pueblo semita de colonizadores (que no de invasores ni de conquistadores), muy citado como derivado de la mezcla entre los bíblicos cananeos y los llamados *Pueblos del mar*, y que, como decimos, iniciaron su andadura desde una estrecha franja entre Shukshu en el norte y Acre en el sur, y entre las montañas y el mar (botado al mar por su geografía como citó Heródoto), motivo que les hizo excelentes navegantes y comerciantes, superando a foceos, calcidios, cretenses o samios que ya iban abriendo nuevas rutas comerciales desde el Mediterráneo Oriental (García y Bellido, 1998), y que con conocimientos astronómicos caldeos, y guiándose con la dirección del sol de día y con la estrella polar de noche (Plinio la refiere como *estrella fenicia*), con técnicas de cabotaje (navegando paralelos a la costa un máximo de 25-30 millas náuticas en horas con luz), en un medio mejor y más seguro que las vías terrestres para el contacto entre las ciudades costeras, llegaron a ser llamados por todo ello *Señores del mar*.

Su navegación comercial tenía lugar casi exclusivamente entre los meses de marzo a octubre, y más adelante la navegación militar durante todo el año. De sus naves queda constancia desde los bellos bajorrelieves del Palacio de Senaquerib en Ninive (Museo Británico), donde, por cierto, aparecen cangrejos y “acuáticos” escorpiones (Fig. 51, 52) [la figuración de crustáceos y escorpiones es frecuente y diversa en las manifestaciones mesopotámicas, y en sus bajorrelieves mayoritariamente aparecen asociados a otros animales acuáticos para definir este elemento, y así aparecen en los relieves de los muros del citado palacio, realizado bajo el reinado de Assurbanipal (668-627 a.C.), donde se narran escenas de la Batalla de Til Tuba (Río Ula) en Elam contra los árabes y los fenicios (Fig. 51, 52) (Moscati, 1988; Monserrat, 2012a)], a las representaciones de sus barcos que se conservan en los Museos Nacionales de Cartago y de Beirut, o las esquemáticas pinturas rupestres de Jimena de la Frontera (Cádiz), o con cierta frecuencia en algunas de sus monedas (moneda de plata procedente de Biblos, 340 a.C. del citado museo de Beirut), y restos de algún pecio púnico rescatado aún se conserva (Baglio Anselmi, Marsala).

Hasta entonces, ninguna otra civilización se había atrevido con un medio tan ajeno y tan desconocido y peligroso como era el mar. Su pujanza marítima y comercial ya está documentada desde finales del II milenio a.C., y un sinfín de veces entre autores griegos y romanos, y posteriormente sus secretas técnicas de ingeniería y construcción naval serían aprehendidas (copiadas) por los romanos (Polibio, *Historias*, I, 20, 8-9, 11-12, 15; I, 21, 3) y sin ellas, nunca hubieran alcanzado el citado y ansiado *Mare Nostrum*. Fueron afamados navegantes aliándose con el mismísimo rey Salomón (*Reyes* 9-10), quien para acceder a nuevas riquezas de Centro África/ Índico pactó con Hiram de Tiro la empresa naval a Ofir (país no localizado, citado Etiopía como más probable, del que trajeron oro, marfil, sándalo, monos y pavos reales, y este último animal más nos sugiere India), y realizando otros viajes a Tarsis (¿Tartessos?) en busca de oro y plata [el nombre de esta mítica zona parece proceder del hebreo *Tarschisch* (Isaías, s.VIII a.C.) y también es citado en el *Libro de los Reyes*, c.1000 a.C.) y las primeras referencias históricas se

deben a Stesichoros, c. 600 a.C. (en base a una traducción de Estrabón) y a Heródoto, quien lo menciona en el s. V a.C. al narrar el viaje de Kolaíos fechado c.630 a.C., y últimamente Tartessos nos ha dado recientes novedades relacionadas con la Navidad, pues en opinión del anterior Papa, no sólo por lo visto no había ni buey ni mula en el pesebre (!), sino que los Reyes Magos no vinieron de Oriente, sino de aquella mítica región andaluza (!)]. Bromas aparte, los fenicios consiguieron otra aún mayor aventura, llegando a circunvalar la entonces llamada Lybia (el Continente Africano) en épocas del faraón *Neco/ Necho / Neco II* (609 – 593 a. C.), demostrando la esfericidad de la tierra, y a los cartagineses Hannón, Himilkon, Eudoxo y otros marinos a llevar sus naves hasta Madeira, Canarias, Azores, Senegal/ Golfo de Guinea (¿) (425 a.C.), Etiopía, el Golfo de Vizcaya, Cornualles y las Islas Cassitérides (Gran Bretaña e Irlanda) (por el navegante púnico Himilkon, c.450 a.C.), navegando por el desconocido Atlántico (incluso muy cuestionadas hasta hay supuestas “pruebas” de que llegaron a Brasil), con una audacia que quizás hasta los viajes vikingos por Terranova (c. 989-1020), y sobre todo los financiados por las Coronas Española y Portuguesa en el Renacimiento, nunca había sido superada en Occidente (casi dos mil años después Cristóbal Colón abandonaría la navegación de cabotaje y atravesaría el Atlántico topándose con un continente desconocido, y Vasco de Gama circunvalaría el continente africano abriendo nuevas rutas comerciales con las Indias).

Sus naves eran envidiadas por todos sus contemporáneos, y los griegos llamaron a alguna de sus embarcaciones *pentecóntera* = de unos 25 m y 50 remeros, *birreme* = con dos pisos de remeros, *trirreme* = de unos 36 m y con un piso de remeros supletorio fuera de la borda con un total de 180 remeros, o a las típicamente comerciales *gauloi*, *gaulos* = “bañera”, y a las últimas naves cartaginesas se las conocieron como *tetrera* y *pentera*, de casi 40 m y 240 y 300 hombres respectivamente. Las gaditanas se conocieron como *hippoi*, y sus barcos de guerra estaban armados con su agresivo espolón en proa (Fig. 51) y con atemorizantes ojos en sus costados, por cuyas pupilas trascurrían los amarres de sus anclas, o poseían un típico mascarón de proa en las comerciales (Fig. 52). Comentemos de paso, que si bien sus ejércitos estaban mayoritariamente compuesto por mercenarios, los fenicios se jactaban de que sus remeros eran ciudadanos libres (también hubo reservas de ciudadanos en armas, al menos en Cartago), nada que ver con los desafortunados esclavos/ reos romanos o con los condenados a galeras en nuestras imperiales naves. La necesidad del transporte de mercancías a largas distancias estimuló la construcción naval y la mejora en las técnicas de navegación. En cierta medida consiguieron establecer una talasocracia marítima que alcanzó el “gobierno de los mares”, y que desde sus primeras acciones comerciales fuera de sus fronteras (hacia los dos últimos siglos del II milenio a.C. en Egipto, Anatolia y Chipre), les llevó a controlar comercialmente el mar Mediterráneo, al menos el más meridional y occidental.

Pueblo inteligente y diplomático que retuvo a Micenas en el área del Egeo y compitió y desplazó hacia el Mediterráneo septentrional y occidental los asentamientos Griegos hasta la conquista de Tiro (573 a.C.) por los Babilonios, hecho que puso fin a la hegemonía fenicia (que no la cartaginesa) y que benefició a los mercaderes griegos hasta la definitiva conquista de Tiro por Alejandro (332 a. C.). Sus colonias

cartaginesas desafiaron y trajeron en jaque a unos y otros, hasta que Roma consiguió reducirlos en el 146 a. C. tras arrasar Cartago, y al que les debemos la expansión por el Mediterráneo de alejadas influencias artropodianas y prácticas apícolas, el desarrollo de nuevas vías comerciales y la aportación a la Humanidad de la primera escritura alfabética de uso generalizado.

El comercio era su actividad principal. Consistía inicialmente en el intercambio, en forma de trueque, de los productos elaborados en Fenicia por las mercancías disponibles en otros lugares (bien otros productos manufacturados o bien materias primas, como minerales metálicos, cobre, estaño o metales preciosos, marfil, etc.). Posteriormente, la invención/ asunción de la moneda permitió transacciones comerciales más sofisticadas. Su comercio incluía su codiciada madera de cedro y ciprés, su apreciada cerámica y orfebrería, así como los objetos de vidrio coloreado y los tejidos de lana teñidos con púrpura de Tiro (obtenido del molusco del género *Murex*, y cuyo nombre en griego: *phoinikes* - para el pueblo, *phoinike* - para la región, derivado de *phoenix*, *phoinos*: “rojo púrpura-rojo sangre” - acabó por identificar tanto al tinte como al pueblo que lo comercializaba) y desarrollaron una industria de artículos de lujo muy apreciados y solicitados en la época y de gran valor comercial, como joyas, perfumes y cosméticos.

A consecuencia de su comercio y sus cada vez más largos viajes, fueron generando escalas donde atracar/ proteger sus naves, que con el tiempo fueron transformándose en pequeños establecimientos permanentes que permitieran el almacenamiento y facilitaran el comercio con los pueblos nativos (factorías o colonias, de forma similar al origen de las *polis* griegas). La colonización fenicia fue un fenómeno meramente de intercambio comercial y cultural, sin imposición de normas ni conquistas territoriales en el interior (Belmonte Avilés, 2003). También se establecieron colonias fenicias en las proximidades de algunas ciudades de mayor grado de civilización, donde obtenían concesiones, como en la ciudad egipcia de Menfis.

Más tarde, los comerciantes de Sidón crearon asentamientos-almacenes amurallados, y los de Tiro (Aubet, 1987) fundaron hacia el año 800 a. C. en Chipre y el norte de África *Qart Hadasht* (ciudades nuevas) (Kition, Utica, Cartago), cuya posición estratégica entre el Mediterráneo occidental y el Mediterráneo oriental la convirtió en la más importante de todas sus colonias, y que terminó por acoger el centro de la civilización púnica cuando las ciudades del Levante fueron conquistadas por el Imperio Persa (539 a. C.). La presión ejercida por diferentes vecinos, especialmente por los asirios primero y por los neobabilonios y persas después, desencadena que las factorías fenicias se esparcieran prácticamente por toda la ribera sur mediterránea y sus islas.

La mayor parte de las colonias fenicias eran tirias (fundadas por Tiro) (Aubet, 1987), y desde Tiro se generaron colonias en Cartago (= ciudad nueva, fundada por Pigmalión, 820-774 a.C. / 814-813 a.C.), *Gádir* o *Gdr* (Cádiz), que será llamada *Gádeira* por los griegos y *Gades* por los romanos (fuentes clásicas como Estrabón o Velleio Paterculo citan el 1110 a.C., aunque los registros arqueológicos no superan el 770 a.C.), Útica (1101 a.C.), y más allá del estrecho de Gibraltar, en el entorno del mítico reino de Tartessos, abriendo las puertas de las rutas del Océano Atlántico, bien hacia el norte de Europa (Bretaña, Cornualles) o hasta el sur de África, y hacia el este por las costas de Asia y el mar Negro. Las

colonias sidonias (fundadas por Sidón) estaban establecidas en la ribera norte del Mediterráneo, como Temesa (cerca de Nápoles), la islas de Citerrea, Chipre, Creta y Rodas o en Asia, y se ha señalado como un rasgo propio de las colonias sidonias en la Península Ibérica ciertos topónimos con la terminación *-ipo*: Baicipo, Dipo, Acinipo, Lacipo, Iripo, Oripo, Ostipo, Sisipo, Ventipo, Olisipo. Se dice que, de entre las colonias de Sidón, Paros proporcionaba mármol, Thasos oro, Melos azufre y alumbre, y Tartessos plata, mientras que el tinte púrpura aumentaría sus provisiones en Citerrea y Creta.

En la costa africana son localidades de fundación fenicia Rhysaddir/ Melilla (actual España), Ema, Tamuda, Tangis/ Tingis, Rusibis, Zili, Mogador y Lixus/ Lixos (actual Marruecos), Hipo Regius, Citra, Chullu, Icosium, Iol, Sidi Abdselam del Behar y Kudia Tebmain (actual Argelia), Acholla, Utica, Hadrumantum, Mahdia, Leptis Minor y Thapsus (actual Túnez), Leptis Magna, Oea/ Trípoli y Sabratha (actual Libia), etc. En las islas del Mediterráneo occidental/ central, son fenicias las colonias de Iboshim o Eubus-sus (Ibiza), Nora, Sulcis, Tharros, Cágliari, Bithia y Olbia (Cerdeña), Mozia, Solunto, Palermo (Sicilia) y Malta (Tas Silg y ocuparon Gozo, Pantelaria), y en el Mediterráneo oriental Kition (Chipre), entre otras, precediendo a los griegos en algunos decenios en la expansión mediterránea (primera colonia comercial griega en Isquia hacia el 775 a.C. y en la Península Ibérica con los foceos c. 650-600 a.C.).

En lo que nos atañe, los fenicios fueron el primero de los pueblos colonizadores históricos de la Península Ibérica, y de hecho, aún mantenemos el nombre que nos dieron (*Ishapham-im* = costa/ isla de los conejos, de donde deriva la palabra España). Los restos arqueológicos más antiguos descubiertos hasta la actualidad proceden de Malaka (Málaga) y Gadir (Cádiz), aunque establecieron colonias también en el Mediterráneo balear (Ibiza) y peninsular en Toscanos (Vélez-Málaga), Sexi (Almuñécar), Abdera (Adra), Cerro del Prado, Chorreras, Villaricos, Mazarrón, Guardamar de Segura, etc., y en el área atlántica en Onuba (Huelva), Abul (Alcacer do Sal) y probablemente en Olisipo (Lisboa).

La rivalidad secular que mantenían griegos y fenicios por las rutas comerciales y el establecimiento de sus colonias llevó en el siglo VI a. C. a un enfrentamiento militar de gran envergadura, la Batalla de Alalia (537 a. C.), en la que la colonia griega focense de Alalia se enfrentó a la flota cartaginesa, aliada con los etruscos, redefiniéndose la relación de fuerzas en la región. Más adelante se reanuda el conflicto, esta vez con Roma, en las Guerras Púnicas.

Como si se hubiesen cumplido los fatídicos vaticinios de los profetas de Israel (Isaías, Ezequiel) con la ciudad de Tiro, las ciudades fenicias perecieron sin casi haber dejado rastro para los arqueólogos, y sobre todo, sin dejar casi constancia de lo que ellos creían y de lo que sobre ellos mismos pensaban (Corzo, 1988), apenas poco más que sesgadas opiniones de pueblos rivales y vecinos. Sin embargo, el pueblo fenicio contribuyó a crear un importante vínculo entre las civilizaciones mediterráneas, y más aún entre las formas artísticas del mundo antiguo, por imitación, fusión y difusión de ellas, y aunque no se le considere como original creador de una gran cultura propia, ni su historia es comparable a la que analizada en diferentes periodos o fases cronológicas será aplicable a otras culturas coetáneas (Egipcia, Griega, Romana), otro “cantar” hubiera tenido la Historia, si en vez de elegir la dinámica expansionista, bélica e imperialista de estas

civilizaciones (especialmente la Romana), hubieran elegido el de este pueblo inteligente, diplomático, pacífico y respetuoso. Pero lo que quizás es aún más grave y lamentable de la cultura fenicia es que, aun habiendo sido muy importante en su época, desgraciadamente, han quedado pocas huellas de su historia, y curiosamente nadie se ha considerado heredero de ellos.

Su declive se inició por las invasiones asirias (s. IX-VI a.C.) y todo parecía haber acabado con su sumisión al Imperio Babilónico (572 a.C.). Pero tras el triunfo del Imperio Persa, se da un cierto renacimiento de casi dos siglos de cierta autonomía comercial y política, aunque sus “imperdonables” alianzas, sea con los persas, como con los vecinos griegos, acabarían con la destrucción de Sidón en manos persas (347 a.C.) y de Tiro por las tropas de Alejandro Magno (332 a.C.).

Aun así, habían ido consiguiendo reducir o mitigar sus sucesivas invasiones a base de alianzas y tributos, y a un permanente renacer a la innovación que les mantuvo en pie gracias a las citadas nuevas colonias y coaliciones, y especialmente gracias a su posterior expansión por el norte de África, ya iniciada desde el s. IX a.C. (Menfis), y alejados de griegos y persas, y con Cartago como eje central (desde finales del s. VII a.C.), se retomó su perdida hegemonía, en este caso ya marcadamente democrática, si bien defensiva y armamentística. Ya hemos citado que la rivalidad por el control de las rutas comerciales y la competencia por el mar, enfrentaron sus intereses con los de los griegos primero (c. 600 a.C.), quienes tras siglos de alianzas y conflictos acabarían por imponerse en el Mediterráneo septentrional, y a partir del s. III a.C. volverán los conflictos de intereses, esta vez con los del Imperio Romano y que, a pesar de los pactos de paz y comerciales firmados entre Cartago y Roma (509 a.C., 348 a.C., 279 a.C.), acabaron motivando la I Guerra Púnica (264-241 a.C.) y la II Guerra Púnica (218-201 a.C.), dejando a Cartago reducido a un pequeño territorio, que será finalmente arrasado en el 146 a.C., en la llamada III Guerra Púnica (149-146 a.C.). Con la brutalidad de las tropas bajo el mando de Publio Cornelio Escipión Emiliano, la esclavitud de los pocos supervivientes, y la sal arada sobre sus ruinas, finaliza su historia.

Estos dos importantes hitos marcan pues el ocaso de los fenicios y el fin de su hegemonía mediterránea. Primero por los Macedonios en Oriente, cuando en el año el 332 a.C. Alejandro saqueó y tomó Tiro, y Fenicia dejó de existir como nación independiente, y posteriormente por los romanos en el Occidente, cuando en el año 146 a.C., Roma saqueó Cartago. A partir de estos hechos, la Fenicia oriental se incorpora al mundo griego helenístico, y la Fenicia occidental al romano. Por motivos de comodidad, en esta contribución utilizaremos el término “fenicio” como generalización, aunque es frecuente que éste se use para sus actividades en el Mediterráneo oriental hasta el saqueo de Tiro, y el de “cartaginés o púnico” para el del Mediterráneo occidental hasta el saqueo de Cartago. Unos y otros están ampliamente distanciados en el espacio y en el tiempo, pero no demasiado en sus etnias, lengua, cultura, gustos y creencias, por lo que hablaremos de ellos casi siempre de forma indistinta.

Sus restos originales fueron sucesivamente sometidos o devastados desde sus inicios por los citados *Pueblos del mar*. Le seguirían las destrucciones ocasionadas por amorritas, egipcios, hititas, númidas, bereberes, asirios, babilonios, persas, macedonios y romanos primero, y por bizantinos, cruza-

dos y árabes después (al margen de lo que el creciente nivel del mar ha sepultado). Las excavaciones se iniciaron con la localización de Biblos (hoy Jubayl) por Ernest Renan en 1860 y las de Montet (1921) y Dunand (1930). Allí se inició una nueva destrucción, la del expolio de las potencias europeas sobre el patrimonio fenicio que hoy impunemente (suponemos que con todo tipo de “justificaciones legales y jurídicas”) muestran en sus museos; apropiaciones que continuarán hasta hoy día con el ilegal tráfico de antigüedades, y el saqueo y venta de piezas universales que sirven para subvencionar grupos terroristas e integristas, y acaban en colecciones particulares a través de casas de subastas europeas y americanas (el tráfico de antigüedades ocupa el deshonroso tercer lugar en el ranquin de actividades comerciales ilegales tras el de estupefacientes y el de armas, moviendo unos 6.000.000.000 de dólares anuales).

Hoy día, muchas de sus ciudades y restos se hallan sepultados bajo el mar, y sobre todo bajo las nuevas ciudades recientes, que hacen inviables nuevas excavaciones (Beirut o Cádiz son ejemplos), y a duras penas, cuando los constantes conflictos libaneses y/o sirios, palestinos/judíos lo permiten, se estudian las ruinas de sus ciudades o de lo que fueron colonias de Biblos, Sidón o Tiro, y compitiendo con intereses más “occidentales”, sean yacimientos de la Edad de Bronce, griegos, etruscos o romanos, se mantiene un cierto interés por su legado en yacimientos de Cerdeña, Malta, Túnez, Sicilia o España (Ibiza, Andalucía) y, sobre todo, en las establecidas en la isla de Chipre, prospecciones que sin duda nos aportará más luz de este enigmático pueblo.

Estructura social y política

Como venía ocurriendo en todas las antiguas civilizaciones de Oriente Medio, y acabará ocurriendo en la egipcia, también inicialmente en Fenicia el poder religioso (sacerdote) y el gobierno (rey) acabarán siendo la misma cosa, y el Palacio y el Templo serán los centros del poder (Corzo, 1988) [recordemos que cuando el famoso rey Salomón solicitó ayuda a Hiram de Tiro para la construcción de su famoso templo (a imagen del *Templo de Melkart*), éste no solo iba a ser la *Casa de dios*, sino también la suya propia], y con este perfil teocrático ambos centros serán gobernados por la misma persona, y el carácter hereditario de sus potestades se encargará de perpetuar y aumentar su poder. En ciertos periodos, como ocurrió en Tiro tras la sumisión a los babilonios a la muerte de Baal II (564 a.C.), se instauró un gobierno electivo de *sufetes* (jueces), similar a los llamados *Jueces de Israel* que menciona *La Biblia*, aunque más adelante los persas permitirían que se restaurara la monarquía. Este sistema también aparecería en colonias como Cartago y Gadir.

El comercio (y sus pingües beneficios) generó un tipo de estructura social extremadamente original, y aunque inicialmente existía una familia real correspondiente a la familia económicamente más poderosa, el gobierno acabó basándose en una federación de empresarios (oligarquía financiera) con asamblea de ancianos, consejo de administración y sin ejércitos propios, en vez de monarquías despóticas y divinizadas que malgastaban sus recursos en interminables rivalidades y guerras (como ocurrirá durante milenios en Occidente). La progresión de familias de comerciantes con elevado poder económico hizo necesario la creación de un gobierno y de sacerdotes/ sacerdotisas (tanto hombres como mujeres y éste

sí mantuvo su carácter hereditario entre las familias más acomodadas) que irán participando en las gestiones de gobierno, tejiendo la defensa de sus intereses, y contribuyendo al manejo del poder civil y militar (ya en el II milenio a.C. se cita un gobernador y un comandante de campo en una inscripción del *Sarcófago de Ahiaram* hallado en Biblos), y que acabarán por constituir una oligarquía con un Consejo o Asamblea consultiva, formada por señores/ grandes de cada ciudad (*La Biblia* y Ezequiel se refieren a ellos como *principes mercaderes/ principes del mar/ ancianos de Biblos*), que eran consultados e intervenían en las decisiones importantes, pero parece ser que la falta de concepto de estado (como hoy lo conocemos) hizo que los matrimonios, los pactos y los acuerdos entre las diferentes ciudades fueran suficientes para mantener su unidad (al margen del poder real o de sus instituciones, de su común estructura económica, identidad étnica, lengua, deidades/creencias, técnica e intereses comerciales), en un tipo de “estado” marítimo regentado por una aristocracia mercantil basada en el comercio, en su avanzada tecnología naval y en su refinada industria (Corzo, 1988).

Similares acuerdos ocurrirían entre las metrópolis y sus sucesivas colonias, que por pactos fundacionales mantenían y aceptaban diezmos y tributos a la ciudad de la que dependían, manteniendo una cierta autonomía política y de gobierno (Harden, 1985), pero sin generar monarquías independientes, y cuyo nivel de democratización fue desarrollándose progresivamente (Utica, Hadrumetum, etc.), y la de Cartago acabó logrando la constante participación de los ciudadanos en la elección de su Senado (*sufetes*) y la separación del poder político, militar y religioso, hecho que llegó a ser admirado por el Mundo Griego y Romano: Eratóstenes, Aristóteles (*Política*), Estrabón I, 4, 5, Polibio, etc.

Estos mandatarios aparecerán entronizados, y con frecuencia acompañados por seres alados o deidades locales, de cuyos antropodios atributos más tarde hablaremos, pero ya alguno de sus nombres (Zakarbaal, Abibaal, Elibaal, Shipitbaal de Biblos, Ithobaal I, Ithobaal II o Baal I de Tiro, etc.) nos adelantan, como veremos, dipterológicas referencias.

Mitología y creencias fenicias

La mitología fenicia es una de las mitologías más antiguas del Mar Mediterráneo. Ya Eusebio, obispo de Cesárea, escribió en 280 d.C. que: "*La mayoría de las teogonías del mundo proceden de los fenicios y de los egipcios.*" Como veremos, posee evidentes conexiones e influencias importantes con las mitologías babilónicas y egipcias (Dhorme & Dussaud, 1949; Watterson, 1984; Dalley, 1991; Shafer, 1991; Lipinski, 1995; Yoffee, 2005; Monserrat, 2012 a, 2013 a), y enormes consecuencias en las religiones posteriores del orbe mediterráneo. Como casi todo lo referente a los fenicios, la mayor parte de sus creencias y cultos han de recabarse en fuentes indirectas, principalmente en *La Biblia* (frecuentes referencias de cultos tirios y sidonios) y de textos clásicos, en ambos casos bastante sesgadas, sean proféticas o causadas por rivalidades económicas, comerciales o bélicas, y sin que existan apenas registros originales, no más de un centenar de escuetas inscripciones en estelas a deidades y poco más. Por ello, la interpretación de sus dioses y sus nombres está sometida permanentemente a debates y disquisiciones, así como a las diversas interpretaciones/ traducciones, bien desde diversas lenguas clásicas/ griego-latín o bíblicas/ hebreas (Moscati, 1984, 1988). En

cualquier caso, su variada diversidad arrastra elementos primarios de deidades ancestrales con sucesivas influencias mesopotámicas, egipcias, griegas, etc., variando a lo largo del tiempo y de su extensa zona geográfica de influencia.

Los fenicios fueron marcadamente politeístas (Lipinski, 1995), y si no lo iniciaron, sí extendieron la creencia de que los dioses eran omnipresentes e intervenían de forma permanente en todos los sucesos de la vida y de las cosas, y de que en sus manos estaba el cambio en el curso de cualquier acontecimiento (Corzo, 1988). Por ello era necesaria la permanente plegaria, las ofrendas y el sacrificio (elementos marcadamente sumerios), con el consecuente acopio de un cuerpo sacerdotal y de ingresos para realizarlos y administrarlos, elementos que se sumarían en sus intenciones y deseos a la interpretación de elementos naturales, y por el *Antiguo Testamento* conocemos su veneración a elementos o espacios naturales (bosques, montañas, manantiales, lagunas, piedras, árboles, etc.), también de marcadas raíces mesopotámicas. En cualquier caso, existen proporcionalmente pocos datos respecto a otras religiones coetáneas, son muy escasas las referencias directas, y mayoritariamente se basan en referencias babilónicas, bíblicas o clásicas, y en muchos casos las interpretaciones son contradictorias.

No solo sus deidades tenían asignadas determinadas potestades, sino que existió culto a elementos abstractos (al año, al mes, a la vejez, a la muerte, al arte, a la pobreza, etc.) con sus propios altares, y ejemplo tenemos en el *Templo de Hércules* en Cádiz, que mencionan Philóstrato o Aeliano. En las nuevas colonias su fundación estaba aparejada con la existencia de una laguna o una fuente o manantial (lógico para su inicial mantenimiento), y con la construcción de un templo dedicado a una deidad tutelar (ej.: Melkart para Utica, Gades o Lixus), con la que se iniciaba el proceso fundacional y, de paso, el cobro y administración de tributos (incluso hay referencias que a la entrada de templos como el de Marsella, Cartago o Cádiz, se anunciaban las “tarifas”, según el tipo de sacrificio a realizar, y se indicaba el reparto de lo que, tras lo ofrecido a la deidad, correspondía al templo o al oferente sobre los restos del sacrificio).

Su cosmogonía comienza con la unión del caos primitivo con una divinidad. De esta unión nació el huevo cósmico (*Mot*), y de su división se generó el cielo y la tierra. Los fenicios no tuvieron nunca el concepto de un dios único o una deidad suprema, aunque el dios principal a quien denominaban genéricamente Él (o *Il*), se consideraba el ser supremo, padre de todos los dioses del panteón fenicio (similar a lo acontecido en Mesopotamia). Se le asociaba con el sol, y era el que distribuía el tiempo, teniendo bajo su control los años, meses, días y noches. Además tuvieron otras deidades principales (a veces difícilmente distinguibles, ej.: Tanit con Astarté), y siempre fueron politeístas, e incluso los dioses adorados por ellos varían de una ciudad a otra (Melkart para Tiro, Astarté para Sidón, etc.), ya que cada ciudad pretendió una cierta independencia (similar a los dioses locales mesopotámicos y a los de los *Nomos* egipcios), también en la órbita religiosa. Aun así, algunas divinidades están presentes de una forma u otra en la mayoría de las ciudades. De estas divinidades principales dedicaremos una mayor atención a Baal y Astarté por sus relaciones artropodianas.

Baal es una deidad omnipresente, si bien posee muy diversos nombres y atributos, quizás divinidades independientes o subsecuentes nominaciones de compleja y difícil identifica-

ción, a veces locales, a veces fruto de diversas traducciones: Baal Safón, Baal Shamen, Baal Malage, Baal Addir, Baal Marqod, Baal de Tiro, Baal de Sidón y sobre todo Baal Hammon, que es considerado uno de los principales dioses fenicios (se consideraba el rey de los dioses), y que fue especialmente adorado en la colonia de Cartago (generalmente identificado por los griegos como Crono y por los romanos como Saturno), y como ocurrirá con el término Khepry (Escarabajo Sagrado) entre los nombres de los faraones egipcios, Baal será (y hemos citado) una desinencia muy frecuente entre sus mandatarios. Baal significa “señor/ amo”, sin embargo, el significado de *hammon* es incierto, siendo posible su origen en Amón “El oculto”. Baal Hammon se supone representado en algunas esculturas o relieves en forma de un personaje masculino maduro, sentado en un trono entre dos esfinges o por un novillo de cuernos finos. Hijo de Él y Astarté, era una divinidad (posiblemente solar) de varios pueblos situados en Asia Menor y su influencia (entre fenicios, cartagineses, caldeos, babilonios, hititas, sidonios y filisteos) generó variaciones locales y temporales. Era el dios de la lluvia, del trueno y la guerra, combatiendo contra su enemigo, el dios del mar Yam, para lo cual, el dios Kothar, dios de la artesanía y de la técnica, le había fabricado dos mazas para enfrentarse en las batallas. Con la segunda de ellas, derribará a Yam, y tendrá una victoria que dará valor a los marinos para enfrentarse con el mar. Tuvo (entre otras) una esposa llamada Baalit que se representaba como una mujer hermosa. Probablemente con derivaciones locales (si no el mismo), tenemos al joven Baal Hadir en Biblos, Señor Potente de la renovación del ciclo de la muerte y el renacimiento (de él derivaría Adonis, de *Adon* = Señor), a Baal Shamem, dios supremo en Cartago, que a comienzos del s. V. a.C. pasó a Baal Hammon (Señor del altar de los perfumes) vinculado a sacrificios infantiles (*molk*) (*tofet* o *tophet* bíblico, citado en el *Antiguo Testamento*, y por Eusebio de Cesarea, Justino, Clitarco, Diodoro Sículo, Plutarco, Tertuliano o César, entre otros), habituales sacrificios ofrecidos para evitar una mayor penalidad inminente (restos frecuentes en yacimientos de Mozia, Sulcis, Monte Sirai, Nora, Bitia, Cádiz, etc.), y como terribles ejemplos, citemos el de Tharros, con 5000 urnas con restos de infantes, o el de la colina de Sallambó, en Cartago, donde se han hallado hasta 20.000 hornacinas funerarias infantiles, con restos incinerados de infantes (la incineración, y no la inhumación era práctica habitual, sobre todo en periodos iniciales y finales de su dilatada historia, cuando se alternarían ambas prácticas), desde recién nacidos a pequeños de tres años, sacrificados entre el s. VII-II a.C., práctica ritual/ funeraria en la que tanto incidieron judíos, griegos y romanos al considerar idólatras/ bárbaros a los fenicios/ cartagineses (farisea crítica, cuando esta “práctica” se menciona varias veces en el *Antiguo Testamento*, y el caso de Abraham e Isaac, que servirá como referente al sacrificio del Hijo de Dios en el que se basa la Cristiandad es ejemplo, o entre los clásicos citemos el sacrificio de Ifigenia por Agamenón).

En *La Biblia*, Baal (לבע Ba' al) es uno de los falsos dioses, al cual los hebreos rindieron culto en algunas ocasiones abandonando su adoración a Iahvé. Por ello predicaron una especial animadversión hacia él, y ahora veremos que con ella se arrastrará a las moscas hacia lo demoniaco en Occidente. Ya hemos hecho alguna referencia a esta deidad en relación con nuestros *bichos*, en particular con las moscas (Monserat,

2011b, 2012a, 2013; Monserrat & Melic, 2012), y aunque la vinculación de las moscas con la muerte es (biológicamente) lógica, y aparece en muy diversas culturas, en este caso veamos por qué.

Baal fue un dios cananeo con poderes mágicos para prevenir las enfermedades, e introducido en Egipto por los hicsos (fue particularmente venerado por ellos en Avaris durante su invasión de Egipto) y por los comerciantes fenicios (Moscatti, 1988), de quienes era también protector de la navegación, y por otra parte Beelzebub era uno de los Dioses Patronos entre los Filisteos en la antigua Palestina, y también se identifican con el dios de Ekron, Baal-Zebub. El término es una imitación deliberada del término cananeo Baal-Zebul ("*príncipe Baal*"), uno de los títulos del dios Baal. También le llamaban "*Señor de las moscas*", derivado del "Baal-Zevuv" hebreo, que tan citado aparece en la *Gehenna* semítica. En el texto persa *Vendidad* está escrito que tan pronto una persona muere, este dios entra en el cadáver en forma de mosca, y este dios, por ende, será asociado a la muerte, al mal y a lo diabólico entre algunos de sus enemigos, así Caldeos, Filisteos o Fenicios asociaban la mosca con Belzebub (Belcebú) deidad semítica de las ciudades de Beel, Ekron o Baal, al que también llamaron "*Señor de las moscas*".

Su documentación escrita se remonta a Mesopotamia y al maléfico *Señor de las moscas* "Belcebú o Beelzebub" (derivado de Baal Zebub, o más exactamente Ba'al Z'vûv, en hebreo ברוך לעב con muchas ligeras variantes), el conocido demonio de la muerte tan temido entre los persas, que a su vez era el nombre de una divinidad filisteo: Baal Sebaoth (*deidad de los ejércitos*), príncipe de las moscas, adorado en épocas bíblicas en las ciudades de Ecrón (Ekron) y en Avaris, y su culto lo vemos extendido por todos los pueblos de esta región mediterránea. Entre los hebreos el nombre Beelzebub era usado con burla hacia los adoradores de Baal, debido a que en sus templos la carne de los sacrificios (los fenicios utilizaban bueyes, terneros, corderos, machos cabríos, pájaros y aves de corral y animales de caza, según "tarifas") se dejaba pudrir, por lo que estos lugares estaban infestados de moscas, y fue permanentemente referido en la *Biblia (II Reyes 1: 1-18)* (Chavalas & Lawson Youn, 2002; Ohler, 2009; Monserrat, 2012a) y en multitud de textos posteriores. Sus dipterológicas reminiscencias llegarán a través de los griegos (Thoorens, 1977) y judíos hasta el Cristianismo, siendo cientos las referencias a las moscas y la muerte, tanto en la literatura clásica (griega y romana) como en la literatura judeo-cristiana (en *La Biblia*, Beelzebub es el *Príncipe de los espíritus malvados*), y el término citado sería posteriormente asimilado en la tradición cristiana y se empleó para designar al *Príncipe de los demonios* (especialmente en la brujería medieval y en la iconografía tardo-medieval/ renacentista como símbolo del mal, de la enfermedad, de la muerte y del diablo), y su influencia en nuestra cultura es permanente (en el *Paraíso perdido* de Milton es el principal teniente de Satán) y aunque nos cueste creerlo, llega hasta nuestros días (Monserrat, 2010, 2012 c).

Relacionados con esta dipterológica deidad tenemos a sus hijos Anat y Aleyin. Anat era una bella diosa del amor, de la fertilidad y de la guerra (ayudaba a su hermano, especialmente en sus luchas cíclicas con el dios de la muerte Muth), y se ocupaba de mantener en vida a los dioses y estaba directamente implicada en los sacrificios. También era la que esparcía el rocío en la tierra, y por ello era donante de fertilidad. El culto de Anat se introdujo en Egipto con la invasión de los

hicsos, y se equipara con la diosa Hator egipcia y con la Atenea griega (que conserva atributos guerreros, pero también era patrona de hilanderas y tejedoras). Por otra parte, Aleyin, hijo de Baal y de la diosa madre Athirat, era el que producía la necesaria lluvia, pero tenía como enemigo al citado dios Muth, quien daba el calor a la tierra para hacer madurar las cosechas. Muth era vencido por Aleyin al comienzo de cada estación, y cuando se recogía una cosecha, moría hasta que volvía a renacer cuando volvía a haber otras cosechas maduras. Este período cíclico, hacía que a Muth se le considerase además de dios de la esterilidad y de los muertos.

Melkart/ Melqart (a veces tomado como otra forma fenicia del dios Baal), hijo de Él, fue dios de Tiro, rey del inframundo y protector del universo. Simbolizaba el ciclo anual de la vegetación, por lo que era un dios agrícola, del campo, la fronda, la fecundidad y la primavera, y su ritual comprendía una serie de ritos cíclicos de muerte y resurrección anuales, coincidentes con las estaciones del año. Aunque era un dios solar, se le terminó asociando con la protección en la guerra y la navegación con atributos de un dios marino. Su culto estaba centrado en el fuego sagrado de las ciudades, y se extendió por todas las colonias de Tiro (Chipre, Malta, Utica, Gadir, Lixus, Cartago) y acabó relacionado con Osiris egipcio y Heracles griego. Como patrono de la ciudad de Tiro, se transformó también en dios de la colonización y de la protección de la navegación. Se le atribuía la civilización de las tribus "salvajes" de las costas lejanas, la fundación de las colonias fenicias y la introducción de la ley y el orden entre los hombres, y los tirios le consideraban el guía de sus viajes marítimos y exploraciones, de modo que le consagraron el templo fundado al mismo tiempo que la antigua ciudad de Cádiz en el otro extremo de la isla mayor, donde hoy se encuentra el islote de Sancti Petri (= Piedra Santa, y no San Pedro, como a veces se cita) y en el que, según la leyenda, Aníbal hizo el juramento de odio eterno a los romanos antes de marchar hacia Sagunto e iniciar la Segunda Guerra Púnica (aunque también se decía que ya lo hizo siendo niño en Cartago). Este templo fue conocido en la antigüedad como el *Santuario de Heracles* o Heraclión, y el lugar en donde fue situado el templo inicial en Cádiz, cerca del estrecho de Gibraltar, fomentó la leyenda de la separación de las *Columnas de Hércules*, en principio llamadas *Columnas de Melkart* por los fenicios, más tarde *Columnas de Heracles* por los griegos entre los que era mítico su *Templo de Heracles* (el mismo Platón lo cita en *Kritias* y *Tímaios*) hasta el actual nombre romano. En diversos restos arqueológicos (y monedas), a este dios se le representa a menudo cabalgando sobre un hipocampo. En la época tardía de la civilización fenicia, también se le consideraba el dios del Sol que se encontraba en unión con Baal y Moloch, las fuerzas malignas y benignas del cielo, respectivamente. Alejaba la hostilidad entre ambos y por tanto, mitigaba el efecto del fulgor solar y de los fríos invernales (por ello en su altar debía haber un fuego perenne). Cada día seguía a la esquiwa Astarté hasta que él la encontró en un punto remoto de Occidente y se esposaron. Matrimonio que trajo la perdición de la diosa y la transformó en la dulce Ashera. Los griegos le llamaban Melicertes y le comparaban con Heracles, por los atributos guerreros que le caracterizaban, y es pues el antecedente del Heracles griego

Como una de las diosas fenicias más importantes tenemos a la citada Astarté, la principal diosa de Tiro y Sidón, y con presencia en otras ciudades fenicias. Derivada de Istar

(diosa del cielo sumeria), sin duda similar de la europea/mediterránea Diosa Madre, fue muy venerada entre los semitas de Siria y Palestina. Era la diosa de la fecundidad y del amor, aunque también fue adorada como diosa guerrera, de las batallas, de la caza o incluso como patrona de los navegantes. Suele representarse posada sobre un león y sosteniendo una flor de loto, con la luna, una estrella y una serpiente, y como diosa de la fecundidad en ocasiones aparece tocándose los senos o dando de mamar a dos niños (atributos inequívocamente femeninos). Pasó a ser la Isis egipcia o Afrodita, Hera, Cibeles, Venus y Juno Caelestis de los griegos y romanos. Contaba con abundantes santuarios en Sidón y Tiro, en su papel de diosa materna y diosa de la fertilidad, donde aparece asociada a elementos astrales. Está documentado, entre otros, un santuario dedicado a ella en Tas Silg (Malta) y en El Carambolo (Sevilla), fechado en el siglo VIII a. C.

Asociada a ella tenemos otra diosa importante en la mitología, especialmente cartaginesa (en realidad la misma, con diferente ubicación local/ temporal) que fue conocida como Tanit, diosa consorte de Baal y patrona de Cartago (muy probablemente relacionada con la diosa Selket egipcia). Era equivalente púnica de la diosa Astarté, diosa de la fecundidad, cuyo culto incluía la prostitución sagrada llamada hierogamia (constatada en Babilonia y entre los fenicios en los templos de Tas Silg, Pafos, Es Cuyram, Kition, Erice, Pyrgi, Sicca Veneria, Biblos, etc., al servicio de Astarté y que llegó a ser práctica esparcida por todo el Mediterráneo), y que consistía en prostituirse en un templo simulando la unión con la deidad con fines iniciáticos y religiosos destinados a la fertilidad (en realidad otra fuente de ingresos, ya que mayoritariamente estaba destinada a ser practicada por los pudientes extranjeros).

Sus imágenes (Fig. 17, 23, 24) portan el típico triángulo (púbico) o su esquema triangular, típicamente femenino (esto ampliamente conocido, como veremos, desde la Prehistoria) y este símbolo entronca, también en esta religión, con nuestra hipótesis que vincula lo femenino con lo triangular – doble triángulo - las mariposas (Montserrat, 2011 a), y no deja de ser curioso que en algunas joyas aparezca una crisálida entre sus atributos (Moscati, 1988), lo parezcan muchos de sus ornamentos (Fig. 35-38) o sencillamente lo parecen en su aspecto algunas terracotas con ella vinculada (Fig. 34).

En relación a las formas triangulares interpretadas como elementos femeninos, ya aparecen vulvas y triángulos, como símbolos femeninos, desde el Auriñaciense en Cellier (Dordoña), y las imágenes femeninas son relativamente frecuentes en el Paleolítico Superior (Saccasyn della Santa, 1947; Leroi-Gourhan, 1958a, b, 1968; Sanchidrián, 2000, etc.), y ya en el Santuario de Laussel (Perigordense-Gravetiense) aparece asociada con cuernos de bisonte, como ocurre en sus conocidas *Venus de Laussel* del Perigordense Superior, y signos dobles y símbolos tectiformes auriñacienses dobles con aspecto de mariposas aparecen en la *Cueva de Trois Frères* o en la *Cueva de Chauvet*, finales del Chatelperroniense (c. 30.000 años). La gestación próxima a los nueve meses del bisonte (270 - 280 días y uro/ vaca entre 283 y 285 días) y nuestra especie pudo potenciar esta vinculación ancestral entre el toro (cuernos, luna, mariposa) y la mujer y, así quedará inicialmente asociado este animal con lo femenino en la Vieja Europa y el Mediterráneo antes de la masculinización de las creencias y deidades que trajeron las oleadas indoeuropeas (Gimbutas, 1991, 1996). También, y como parece lógico,

aparecen formas triangulares sobre figurillas femeninas, a veces en relación al triángulo púbico, en las famosas *Venus* auriñacienses (parecen confirmarse como del Gravetiense-Magdalenense antiguo) de las que se conocen una veintena de figuritas de Francia y otras de Moravia y Rusia, bastante similares a las existentes en la Vieja Europa (Figurillas del *Montículo de Vinca* en Belgrado y *Ruse*, c. 4.000 a.C., *cerámica de Szelevény* en Hungría, c. 5.000 a.C., de *Blagoevo*, c. 6.000 a.C. en Bulgaria, *Cucuteni* en Moldavia, IV milenio a.C. o de *Ozieri* en Cerdeña, c. 4.000-3.800 a.C., por citar algunas).

Como hablaremos al tratar las formas circulares y concéntricas en relación con las abejas y la miel, se mantiene toda una larga secuencia (durante el Neolítico-Calcolítico-Primeras Civilizaciones) entre las formas triangulares y lo femenino, que asociarán la imagen de la mujer al toro, a las abejas, pero también a las mariposas. Así, desde la Edad de Bronce se extiende entre los pueblos mediterráneos (entre los Minoicos y más tarde también entre los Tracios y Griegos, llegando hasta el Imperio Bizantino en la llamada doble hacha o *Labrys* (λάβρυς *lábrys*), conocida en la Grecia Clásica como *pelekus* (πέλεκυς) o *sagaris*, y entre los Romanos como *bipennis* (en forma de mariposa) que, de origen indoeuropeo, se vinculó a la *Diosa de la Muerte, la Regeneración y la Transformación*. La biología de las mariposas mantendrá su vinculación con la resurrección y el renacer (crisálida-mariposa) y potenció su relación con la muerte-resurrección (que heredarán los egipcios, fenicios, micénicos y los griegos) con *Enodia/Hécate/Isis/Tanit/Astarté/Artemisa*, cuya dualidad pura-fuerte, virgen-madre, pasará a la romana *Diana* y posteriormente a la *Virgen María* de los Cristianos, que lógicamente aparecerá vinculada a las abejas (asexuadas) y a las mariposas (especialmente las blancas), símbolo de su pureza.

Pero también en esta línea artropodiana ancestral, y al margen de otros atributos animales o celestes como la luna o las serpientes, mariposas, gacelas, muy asociados a la Gran Madre europea (Gimbutas, 1991, 1996), los fenicios retienen influencias de la Istar mesopotámica con la estrella (araña), a veces de seis puntas, de ocho o de muchas más (Fig. 17, 23), que sugeríamos al vincular la araña creadora con las deidades femeninas mesopotámicas, y aunque nunca lo hemos visto citado, sin duda, como ella, también sería patrona de los/ las hilanderos/ as y tejedores/ as (Montserrat, 2011 a; Monserrat & Melic, 2012). La presencia de la estrella asociada a esta deidad, siempre obviamente citada exclusivamente como elemento astral, posee, desde nuestro criterio, reminiscencias de la atávica araña ancestralmente asociada a la creación, construcción, destrucción y renovación del universo, de la tierra y las cosas que provoca el debido equilibrio en el cosmos, y por ello, la araña es frecuente en la mitología e iconografía de muy diferentes culturas mediterráneas, ya que estas creencias probablemente mucho más antiguas, fueron dispersadas por los asirios, hicsos, fenicios e hititas, y así lo hemos hallado también entre los egipcios (Montserrat, 2013), pero resulta curiosa la coincidencia con otras culturas como las orientales, las del Pacífico o las precolombinas, que poco o nada tuvieron que ver, donde también la araña posee estos atributos, lo que demuestra muy atávicas y ancestrales significados y simbología de este arácnido. No deja de ser curioso que la estrella de ocho puntas haya sido vinculada con la araña en sus orígenes iconográficos (Montserrat, 2011 a; Monserrat & Melic, 2012), y que esta estrella evolucione hasta

convertirse en rosetas (“casualmente” de ocho pétalos) y sea relativamente frecuente en sus representaciones (Fig. 46).

Junto con la araña, el escorpión (Fig. 4) es otro de los animales ancestralmente asociados a la maternidad/ fertilidad (Monserrat, 2011 a; Monserrat & Melic, 2012), y como no podía ser de otra forma, algunos signos asociados con esta deidad nos lo sugieren (habitualmente referidos como su caduceo, Fig. 25), y también otros elementos finamente pulidos (que parecen escapar al hecho de tratarse de un mero amuleto) (Fig. 4) podrían estar relacionados con esta deidad femenina fenicia/ cartaginesa de la fertilidad. Apoyando esta hipótesis, y aunque disponemos de pocas referencias escritas de sus prácticas, citemos que en uno de los más famosos templos de Ebussus (Ibiza) (Cartago se estableció en la isla en 654 a.C.) se veneraba a Tanit porque mantenían la isla exenta de serpientes, escorpiones y otros animales ponzoñosos (reminiscencias de la diosa Selket egipcia), elementos que persisten en las leyendas clásicas (y aún persisten en las populares ibicencas), y conocemos que algunos cartagineses venían a morir a Ibiza para ser enterrados en esta tierra protegida bajo el signo de Escorpio, y también es conocida la recomendación de Pomponius Mela (2: 125-126), quien indicaba que llevándose consigo un puñado de tierra ebusitana, se quedaba protegido contra esos peligros. Es curioso sobre esta cuestión ibicenca que geógrafos como Mela llamaran, por el contrario, *Ophioússa* (= isla de las serpientes) a la vecina actual Formentera (*Colubraria* para los romanos) y que Avienus (*Ora Maritima*) se refiriera a la Península Ibérica como *Ophioússa* (= tierra de las serpientes).

Entre otras deidades fenicias encontramos a Reshef, dios guerrero, dueño de las calamidades. Chusor, relacionado con el origen del mundo, considerado como el primero de los navegantes de la humanidad, el descubridor de la pesca y de las construcciones navales, además de ser el dios de los inventos, de artesanos, herreros y armeros. Hadad, dios del aire, de la tormenta, los relámpagos, la lluvia y el viento. Bes, dios de origen egipcio, protector, que a menudo aparecía representado en los relieves de las estelas y en los monumentos funerarios. Horon, venerado en Ugarit y muy probablemente invocado contra alguno de nuestros peligrosos *bichos*, pues era protector ante serpientes y animales venenosos. Baalat, reverenciada en Biblos con una iconografía semejante a Hathor egipcia y posteriormente asociada a Afrodita. Dagón, al que rindieron culto en el *Templo de Asdot*, el que fue quemado por Judas Macabeo (1 *Mac.* 10, 84; 11, 4) y en Gaza (*Jueces*, 16, 21, 23, I, *Samuel* 5, 1-7), a veces interpretado como dios de la agricultura o como dios marino, medio hombre y medio pez (marcadamente mesopotámico, Fig. 52) por ser especialmente venerado en ciudades portuarias como Asdod, Gaza, Ascalón o Arvad. Otra deidad es Eshmún (= “aceite”), dios curandero, de la fecundidad y las renovaciones anuales, de origen sirio, que era adorado en Tiro, Sidón y en Chipre, al que se le asocia con Apolo y Esculapio como dios sanador, y que contaba con varios templos distribuidos por toda la costa mediterránea, desde del Líbano hasta Iberia. Entre sus templos destaca un gran santuario a las afueras de Sidón en un lugar donde brotaba una fuente, y el *Templo de Eshmún* de la ciudad de Cartago era muy conocido. En los rituales de adoración a Eshmún se realizaban abluciones y danzas. También se conoce que existieron unos juegos en su honor y que el vencedor ganaba una tela púrpura. Por último Paam (“falo”), en cuyo honor se realizaba la prostitución ritual y el sanguinario Mo-

loch, dios supremo (con cuerpo de hombre y cabeza de toro) protector de la ciudad de Cartago relacionado con sacrificios infantiles, etc.

El alfabeto y la literatura fenicia

No cabe duda que los fenicios son considerados como los inventores del alfabeto (o al menos de difundirlo) del que han derivado los asumidos por las lenguas occidentales (latino, griego, hebreo, cirílico, árabe, etc.). Con ascendencia en el cananeo arcaico, el alfabeto fenicio comenzó como una serie de ideogramas, un conjunto de símbolos pictográficos que representaban animales y objetos (idiogramas: como hoy usamos los números, los emoticonos o las señales de tráfico que todos entendemos). Como había ocurrido en Creta (lineal A), a estos ideogramas se les asignaba un valor fonético de acuerdo al nombre, en idioma fenicio, del animal u objeto representado, y este alfabeto solo contenía consonantes, veintidós en total. Era un sistema simple, lo que permitía ayudar en la difusión del conocimiento y la cultura.

El uso de este tipo de escritura pictográfica en esta zona acaeció casi simultáneamente con lo ocurrido en la consonántica escritura jeroglífica egipcia, y mucho antes de la invención del alfabeto por los fenicios (hacia el 1000 a.C.) (Moscati, 1984, 1988). Este tipo de escritura pasó a ser silábica (*Pseudojeroglífico de Biblos* de la primera mitad del II milenio a.C. al s. XIII a.C., aun no descifrado) (Fig. 1) con un centenar de signos (también es silábico el japonés y con miles de ideogramas el chino), y posteriormente con base monoconsonántica egipcia y origen semítico (sistema gráfico-alfabético sirio-palestino con 22 signos) mantuvo este número (todos consonantes, cuyo orden parece tener remotos orígenes celestes y astrales) y se simplificó (eliminando progresivamente lo ideográfico, y ejemplo tenemos en el paso desde la línea ondulada  (*nu*) que en egipcio antiguo significaba agua, y tenía el valor fonético de “n”, y pasó a  (*mem*, *maym*: agua) en semítico, a  (*mem*: agua) fenicio con valor alfabético de “m”, a la  etrusca, a la *Mi* (*Mμ*) griegas, a las *MM* cirílicas (*em*) y a nuestras *emes* (*M m*), llegando a ser alfabético y meramente fonético (primera constancia en el *Sarcófago de Ahiram*, rey de Biblos) que quedará completado entre los s. XIII-XII a.C., modelo que un par de siglos después adoptarían los griegos y los arameos-judaicos añadiendo las vocales (mejor dicho adaptando los signos de consonantes fenicias que ellos no utilizaban, ej.: *Aleph* (*buey*): a; *Ayn* (*ojo*): o, etc.), carencia asumible en lenguas semíticas pero impensable su inexistencia en idiomas indoeuropeos, y rotando o modificando algunos caracteres. Precisamente en este tipo de escritura silábica (*Pseudojeroglífico de Biblos*) se mantiene el lepidopterológico símbolo de dos triángulos opuestos (Fig. 1, hacia el centro, Fig. 2) que anteriormente hemos citado y tantas veces hemos relacionado con la mariposa/ feminidad (Monserrat, 2011a) y que también aparece en la escritura tartesa (Fig. 3), y cuyo signo hallamos o nos sugiere similitudes con la letra *Qof* fenicia (especialmente en textos de Cartago) (Fig. 2), y que dará lugar a la *Qōp* del arameo arcaico, a la *Kōf* hebrea () a la obsoleta letra griega *Qoppa* () símbolo de Corintio), que acabaría siendo sustituida por la letra *Kappa* (*Q*). Esta sencilla figura que hemos citado abundantemente representada en la manifestaciones paleolíticas, y que se mantiene durante el Neolítico, reaparece en Biblos a finales del V Milenio a.C., y persiste en manifestaciones de sus primeras

ciudades hacia el III Milenio a.C. (Moscati, 1998) y permanece en representaciones funerarias púnicas, “curiosamente” asociada con la citada diosa (Tumba de la necrópolis de Gebel Mlezza en Kerkouane (Fig. 22) (Prados Martínez, 2008).

Los fenicios utilizaban un alfabeto fonético, que los griegos adaptaron a su propia lengua y, con el tiempo, sirvió de modelo para los posteriores alfabetos occidentales, representando su más valiosa aportación a la civilización universal (aunque recientes estudios sugieren su apropiación a partir de un alfabeto sirio/ palestino, ya existente en el II milenio a.C., aunque corresponde a ellos asumir su utilidad y difundirlo). Su sentido práctico y su interés en comunicarse con pueblos muy diversos les hicieron abandonar complejos jeroglíficos o ilegibles textos cuneiformes y generar un medio de transmisión escrita más sencillo, simplificado y accesible. Este alfabeto, como indicamos, constaba de veintidós signos para las conso-

nantes, y no tenía vocales, pero fue muy importante, pues era sencillo y práctico, a diferencia de otros alfabetos y tipos de escritura coetáneos que solo dominaban los escribas y altos funcionarios, tras un arduo aprendizaje.

Posteriormente, el alfabeto fenicio fue adoptado y modificado por los griegos para representar su idioma. Los griegos tomaron algunas letras del alfabeto fenicio y les dieron valor de vocal; debido a las diferencias lingüísticas entre ambos idiomas (griego = indoeuropeo, fenicio = semita), también cambiaron la pronunciación de algunas letras, y agregaron algunos símbolos para representar sonidos inexistentes en fenicio. El alfabeto latino proviene del alfabeto etrusco, que fue a su vez una adaptación del alfabeto griego. Los hebreos también adoptaron el alfabeto fenicio, aunque dada la similitud de sus lenguas y la mutua influencia por su cercanía geográfica hubo menor modificación que por los griegos.

Lista de grafemas											
Letra											
Nombre	alp	bet	gaml	delt	he	wau	zai	et	et	yod	kap
Significado	buey	casa	camello	puerta	ventana	anzuelo	arma	muro	rueda	mano	palma (mano)
Letra											
Nombre	lamd	mem	nun	semk	ain	pe	ade	qop	roš	šin	tau
Significado	aguijada	agua	serpiente	pescado	ojo	boca	cazar	mono	cabeza	diente	marca

Todo sobre la literatura fenicia y púnica está rodeado de un halo de misterio, dado los pocos vestigios que se han conservado. Se han perdido los archivos existentes en palacios y templos (*Anales de Tiro*), así como sus textos geográficos, jurídicos, filosóficos y religiosos de los que, con referencias indirectas, tenemos constancia. No queda más que una serie de inscripciones reiterativas y estereotipadas, pocas de las cuales tienen carácter netamente literario (casi todas meramente votivas o funerarias, y solo alguna narración histórica, poemas, etc.), otras sobre monedas, fragmentos de la *Historia de Sanjuniatón* y del *Tratado de Magón* (del que ahora hablaremos), la traducción al griego de *Los anales de los reyes tirios* por Menandro (Josefo conservó fragmentos de esta obra), del Viaje de Hannón el Navegante, y el texto del *Poenulus* de Plauto, junto a otros textos en versiones muy alejadas de los originales. En poco más de un centenar de rótulos, estelas o epigrafes se citan nombres, divinidades, cargos públicos, oficios o invocaciones religiosas que sugieren un pueblo lleno de creencias, mitología, técnica y cultura, de los que poco podemos recabar. Sin embargo, es un hecho probado que tanto en Fenicia como en Cartago hubo bibliotecas y tras su victoria sobre Cartago, el Senado Romano dictó su reparto entre sus aliados africanos (lo que demuestra su valía, aunque del soporte en papiro del que fueron excelentes fabricantes, poco se ha conservado), y Plinio (*Hist. Nat.* XVIII, 5, 22) indicaba que de este reparto sólo se salvó la citada obra de agricultura de Magón de la que hablaremos, y conocemos que los fenicios tuvieron una rica producción literaria heredera de su pasado cananeo, de la que obras como las de Filón de Biblos o Menandro de Éfeso, sin duda son una muy poco representativa parte. Los *Anales de Tiro*, que se siguen estudiando, los archivos que se desenterran en Ebla (Siria) o los muy antiguos *Textos de Ugarit*, están aportando nuevas visiones de sus creencias y

su saber, pero poco podemos anotar en relación al tema que nos ocupa.

Aunque los fenicios fueron un pueblo mucho más comerciante/ marinero que agrícola o ganadero, obviamente necesitaban alimentos, que obtenían de los pequeños territorios agrícolas de sus ciudades y colonias, y disponían, como hemos visto, de numerosas deidades relacionadas con la agricultura. Adoraban la vida en el campo y los jardines y frutales de sus ciudades (el testimonio de Diodoro de Sicilia sobre las explotaciones agrícolas de Cabo Bon (XX, 8, 2) es suficientemente explícito, y los de Cartago eran famosos. Algunos nombres de plantas han pasado a través de los griegos a la nomenclatura botánica vinculados a ellos, sea la palmera (*Phoenix*) o el granado (*Punica*). Precisamente en esa ciudad, y volviendo a sus textos, se había escrito el citado *Tratado de agricultura de Magón*, de 28 libros (originales perdidos), donde hallamos varias referencias a sus abejas y a sus plagas. Este texto fue traducido al latín tras la destrucción de Cartago (146 a.C.) y posteriormente al griego, a partir de las cuales nos han llegado referencias y 66 fragmentos, y sabemos que fue ampliamente utilizado por los romanos (citado en la *Res Rustica* de Varrón, en el tratado de Columela, por Plinio, etc.) y por los árabes. De estos fragmentos, nada menos que tres (*uillatica pastio*) se dedican a la apicultura, de lo cual se evidencia la práctica generalizada de la apicultura en Cartago. También es conocido que entre su variada y mediterránea dieta, apreciaban los peces, las sepias y el marisco, usaban la miel para endulzar sus infusiones, en sus fármacos y en sus prácticas funerarias y religiosas.

Para acabar con su lengua y literatura citemos que se conoce la existencia de dialectos en su lengua (de Biblos, Chipriota, Púnico), y como tal dejó de hablarse en Palestina (en el s. II), aunque reminiscencias persisten entre los bereberes y tuareg del norte de África.

Los animales en sus manifestaciones artísticas

Como introducción a la animalística fenicia comentemos que lo que nos ha sido legado del arte fenicio es mayoritariamente decorativo e industrial/ comercial, y es difícil hablar de escultura, pintura o arquitectura fenicia en sentido meramente artístico e identitario, quizás excepción hecha en las manifestaciones religiosas, votivas y/o funerarias. En general muestran unas características orientales/ orientalistas (sirio/ palestinas-mesopotámicas) en sus fases iniciales (que habitualmente adjudicadas a los griegos, extendieron por el orbe mediterráneo) y que acaban siendo sustituidas por las influencias egipcias primero, especialmente evidentes entre los s. XX-XVIII a.C. (estilo egipcio) (Vercoutter, 1945) y por las helénicas después (estilo helenizante), típicamente fenicias (Lám. 1, 2), y más adelante con una personalidad púnica propia con centro en Cartago, con rostros negroides (estilo púnico), dentro de una amplia variabilidad local y temporal. Es difícil trazar una separación real entre fenicios y púnicos, y hay disparidad de opiniones. Nosotros aceptamos el criterio del origen fenicio de los púnicos, y que la distancia a sus ciudades de origen, el paso del tiempo, las características del medio libio y el inevitable mestizaje cultural con los pueblos norteafricanos (*Libous* de los textos egipcios y líbicos o *Ifros* o *Afros* de los romanos) iniciado hacia el 1100 a.C., acabarán dándoles características propias.

Dentro de una concepción marcadamente anónima en su autoría e indiscutiblemente ecléctica, el paso de los siglos, el mantenimiento de modelos y el transporte de los objetos (mayoritariamente creados para el comercio) aporta al Arte Fenicio una dificultad añadida en la datación cronológica y geográfica de sus obras. A esto hay que añadir la funcionalidad práctica (comercial) en la producción en serie (mera artesanía) con la maestría de algunos de sus orfebres y demás anónimos hacedores (obras de arte/ artistas). En ocasiones el Arte Fenicio ha sido tildado de “artes menores” (*athyrmata* = baratijas, que llamaban a sus artesanías los griegos), y no les faltaba razón. Sea cual fuere su obra, por un lado mantiene una fidelidad inalterable a sus orígenes sirio-palestinos que la hacen parsimoniosamente inalterada, algo rígida y homogénea a pesar de las influencias posteriores (ejemplo tenemos en su escasa escultura, de marcada influencia orientalista primero, egipcia luego, y griega después) y que, sin embargo, generó no sólo particulares localismos artísticos en sus colonias, sino enormes influencias en las manifestaciones artísticas allí donde llegaron, generando una auténtica “aculturización” de los modelos y gustos locales, y la Península Ibérica es un excelente ejemplo (Vercoutter, 1945; Corzo, 1991; Frankenstein, 1997), o generaron la exportación de elementos foráneos (y ejemplo tenemos en los escarabeos egipcios) acabando por concebir producciones propias (Cerdeña) (Matthiae Scandone, 1975; Acquaro, 1977).

Los fenicios, hábiles comerciantes, descubrieron pronto que el trueque o intercambio de productos (técnica comercial conocida desde el origen de los tiempos), podría tener un valor comercial añadido si se obtenían recursos o materias donde se les tenía poco aprecio o apenas conocían su manejo [ej.: metales preciosos en la Península Ibérica que cita Diodoro Sículo (V, 20, 1; V, 35, 4-5): “*El país posee las más numerosas y las más hermosas minas de plata... Los indígenas ignoran su uso. Pero los fenicios, que son tan expertos en el comercio, compraban esa plata con el trueque de otras mer-*

cancias. Por consiguiente, llevando la plata a Grecia, a Asia y a todos los restantes pueblos, los fenicios obtenían grandes ganancias”] y después trasportarlos a donde fueran codiciados y, por ello, alcanzarían más altos precios. Esto no solo les enriquecía (económicamente), sino que les estimuló a refinar sus manufacturas y artesanías (especialmente desde el II milenio a.C. en Biblos, Tiro y Sidón), dando lugar a magníficas pequeñas obras de arte (y también baratijas que acabaron produciendo “en serie”) y que Homero llamó *athyrmata* (preciosidades). Lo fueran o no, los ofrecían como objetos de lujo basados en sus perfeccionadas e inimitables técnicas que se encargaron de hacer apreciar con su comercio, y con la comercialización de estos productos de lujo (fueron delicados orfebres y maestros en la técnica del vidriado de objetos y abalorios) o de materiales exóticos, generarían nuevas obras de arte, dentro de unas manifestaciones artísticas sencillas, expresivas, poco personales (imitando cualquier elemento ajeno que fuera de interés comercial) y fácilmente comprensible por los demás pueblos con los que entraron en contacto (Corzo, 1988). La técnica comercial fenicia de llevar productos atractivos y accesibles a un público al que habitualmente no estaba dirigido tal tipo de objetos y generar necesidades entre la potencial clientela sigue aplicándose en la actual industria de consumo, y si no aprecie el lector la multiplicidad de elementos publicitados que son absolutamente prescindibles, y el comercio chino actual sigue similares prácticas y, en este caso, no invade o se extiende por el Mediterráneo, sino por los cinco continentes.

No cabe duda que su posición geográfica y sus avances navales les permitía comerciar bien con elementos exóticos (perlas, ébano, marfil, mirra, esclavos, etc.) y conocido ejemplo es el pecio cartaginés cargado de colmillos de elefante hallado cerca del Cabo de Palos, o bien con productos más locales de elevado precio, y entre ellos hallamos algunas reseñas entomológicas que sobre ellos nos dejó el profeta Ezequiel en su vaticinio contra Tiro (27, 12-25): “...*El sirio traficaba contigo, y para proveerse de tus manufacturas, presentaba en tus mercados perlas, y púrpura, y telas bordadas, y lino fino, y sedería, y toda especie de géneros preciosos. Judá y la tierra de Israel negociaban contigo, llevando a tus mercados el más rico trigo, el bálsamo, la miel, el aceite y la resina...*”

Sus producciones fueron más artesanales que artísticas, y en sus esculturas, cerámicas, joyas y objetos de metal, domina la influencia egipcia (Fig. 5, 10, 11, 13-16, 18-20, 42-45, 48-50) desde el siglo X a. C. (que es la fecha más antigua que se suele asignar al arte propiamente fenicio), con épocas de amables contactos comerciales entre ambos a periodos marcadamente bélicos (desde las primeras escaramuzas durante el reinado del faraón Den en la I Dinastía a las campañas de los faraones de las XIX y XX Dinastías) (Vercoutter, 1945). Es precisamente desde esta última época cuando la influencia egipcia fue mucho mayor, y a estas influencias se sumarán elementos asirios (Fig. 6), hasta llegar al siglo VII a. C. Sus labores y manufacturas ya eran ensalzadas por los griegos (ver las referencias citadas en *La Iliada*) y por los judíos, en particular por el rey Salomón (*Reyes*, I, 5, 6, 18; 7, 13-14). Sin embargo, a partir del siglo VII a. C. prepondera la influencia griega (Fig. 9, 26, 27, 34, 46) llegando a veces a confundirse sus producciones con las propiamente griegas, como a veces se confunden las anteriores al siglo X a. C. con las asirias y egipcias.

Entrando ya en materia zoológica, y desde el punto de vista iconográfico/ figurativo, las representaciones artísticas fenicias ofrecen mayoritariamente figuras humanas, tanto masculinas como femeninas, sean de cuerpo entero (frecuentemente de frente y simplificadas/ esquematizadas), bustos, máscaras o cabezas, etc., acompañados de elementos de influencia oriental-egipcia primero (disco solar, palmera, *ankh* egipcio, luna, estrella, etc.) (Fig. 5, 10-16, 18-20, 31-33, 42-45), que van siendo sustituidos por otros elementos de influencia griega (caduceo, columnas/ capiteles, delfines, pájaros, flores, etc.) (Fig. 9, 23-27, 46), con una permanente tendencia a la simplificación (llegando casi a la abstracción) haciendo menos proclive la inclusión de los elementos que nos interesan, y por todo ello el Arte Fenicio es uno de los menos tratados en las obras que se han dedicado a la presencia de animales en el arte (Berry, 1929; Frost, 1937; Brion, 1959; Belves & Mathey, 1968; Klingender, 1971; Dent, 1976; Collins, 1979; Burgess, 1981; Hotchkiss, 1994; Moore, 1995; Somerville, 1996; Rawson, 1997; Lucie-Smith, 1998, etc.).

Aun así, y como corresponde al nivel de civilización en el que nos movemos, las representaciones animales no faltan, aunque son sustancialmente mucho más escasas que en civilizaciones marcadamente animalísticas, como las mesopotámicas o la egipcia (Billie, 2002). Salvo esfinges, leones, etc., que los flanquean o sobre los que se apoyan sus deidades, los animales son casi ausentes en las imágenes que representan sus divinidades, que pocas veces son teromórficas o mixtas (Moloch, con cuerpo de hombre y cabeza de toro), aunque existen elementos entre los amuletos funerarios con imágenes humanas con cabeza de mono o a Path con cabeza de escarabajo, y se ha hallado en Thinissut alguna terracota de figura femenina leontocéfala, deidades mixtas que también hallamos en su eboraria. Entre sus animales hallamos liebres, conejos, toros, terneros, corderos, cabras, leones, caballos, elefantes, aves, pavos reales, hipocampos, peces, delfines, grifos, esfinges, etc., que aparecen frecuentemente representados en placas, estelas, empuñaduras, frisos, cerámica y monedas. Pero como decimos, a diferencia de la Civilización Mesopotámica y, no digamos de la Egipcia, no es especialmente animalística, aunque su influencia es manifiesta. Por ello, cabría pensar que más difícil va a ser encontrar representaciones de nuestros *bichos*, pero veremos que no es del todo así, y ejemplos tenemos en sus sellos y orfebrería (Fig. 5-15, 41-50) con cangrejos, escorpiones, moscas, etc., y en la elección del escarabajo alado (símbolo del sol y la vida), y que dentro de los modelos egipcios primó el que estaba orientado a una función más mágica o funeraria que religiosa (Moscati, 1988) (Fig. 5, 10, 12-1639, 40, 42-45, 48-50). Hablaremos de todo ello más adelante.

De su arquitectura muy poco nos ha quedado en pie. Las formas de su arquitectura se infieren más por los dibujos de los sellos, pinturas, monedas y otros relieves que por las ruinas de sus edificios, aunque no faltan algunos restos de piezas arquitectónicas hallados en Chipre y la antigua Fenicia. Entre estos, figura el capitel con volutas, inspirado en el arte oriental y que se ha sugerido como antecesor del capitel jónico, y que nosotros vinculábamos a las figuras concéntricas en asociación a las abejas (Montserrat, 2011 a, 2012 a) y que veremos en su cerámica (Fig. 30). Los templos fenicios (como el de Biblos) se distinguían por tener el santuario sin cubierta. En él se daba culto a una piedra o *betilo* que, generalmente, consistía en un aerolito de forma cónica (como piedra caída

del cielo) situado en medio de la estancia, y a la cual precedía un atrio rodeado interiormente de columnas. Era también característica la forma que a los sarcófagos suntuosos de piedra daban los fenicios sidonitas que se adaptaba más o menos al contorno de la figura humana, como los de madera de los egipcios (sarcófagos antropoides).

Posteriormente, este arte se fue extendiendo a lo largo de toda la costa mediterránea donde los fenicios tenían influencia, llevándolo a esos lugares cargado además de lejanos elementos orientalizantes, y acabando por influenciar a las culturas autóctonas, siendo un claro ejemplo Tartessos, el cual llegó a sufrir una importante aculturización, y la escultura del Arte Ibero es otra muestra evidente. Las aportaciones fenicias (afroasiáticas) a la culturización de Occidente (Bernal, 1987) y en particular de la Península Ibérica no siempre han sido reconocidas frente a las aportaciones griegas, ni tampoco lo han sido las púnicas frente a las romanas, que mayoritariamente han sido éstas, casi con exclusividad, eurocéntricamente consideradas (García y Bellido, 1998), y aunque es cierto que Roma decidió el futuro de Hispania, no es menos cierto que, mucho antes, las aportaciones fenicias y cartaginesas ya habían modificado sustancialmente la organización, los recursos, las manifestaciones culturales y las técnicas de los pueblos nativos de Iberia.

Los artrópodos entre los fenicios

Dejando atrás otros animales que no son motivo de esta contribución, citemos que aunque dedicaremos una especial atención a los artrópodos que hemos hallado en sus manifestaciones artísticas y culturales de índole plástica/ práctica (sellos, cerámica, escultura, orfebrería, numismática, pintura) hablaremos antes de sus industrias entomológicas (tinción y apicultura) para dedicar un breve comentario final a los artrópodos relacionados con su Ciencia y su Medicina.

Conviene anotar que los fenicios fueron particularmente entomológicos por varios motivos: Por haber llevado y extendido la apicultura desde Tiro y Sidón hasta el otro extremo del orbe mediterráneo conocido, por la calidad de la llamada *Cera Púnica*, y por el descubrimiento, uso y comercialización de los pigmentos y tintes (*Púrpura de Tiro*) procedentes de moluscos (Gasteropoda, Sorbeoconcha: *Murex*, *Purpura*, *Bolinus*, etc.) y también de cochinillas (Homópteros, Insecta, Homoptera: Coccidae, *Kermes ilicis* L.) para teñir sus fibras textiles (lino y lana), de un violeta intenso en el primer caso y de un rojo escarlata (*kermes* = carmín) y su gama los segundos.

Empezando pues por este apartado textil, ya hemos indicado que les dio nombre, y sus técnicas de tinción fueron muy estimadas y de alto valor en todo el orbe conocido (Plinio *Hist. Nat.* IX, 63, 137 comenta que “*la púrpura de Tiro con doble baño de tintura era imposible de adquirir por menos de mil denarios la libra*”, y textos de Asurnasirpal II o Asurbanipal demuestran el aprecio que estas telas teñidas en Mesopotamia: “*como tributo anual impuse... oro, tejidos de lana teñidos de púrpura y violeta*”), y ya hemos citado alguna referencia homérica de su aprecio, y de la costumbre que heredaron griegos y romanos (otras reseñas en Aristóteles, Polibio, Séneca, Ovidio, Cassiodoro, Nono de Panópolis, Julio Pólux, etc.) y que dieron símbolo a la realeza y la clase senatoria y sacerdotal, extendiéndose como color nobiliario hasta las tintorerías medievales de Florencia (Montserrat,

2010), donde por su dificultad en obtener tintes permanentes de este color (se necesitaban unos 100.000 moluscos para obtener un litro de tinte) lo hacían costoso, y por ello, signo de jerarquía y ostentación durante la Edad Media europea, fuesen reyes, nobles o miembros de la curia cristiana, y reseñas hallamos en Gregorio Nacianceno (*Or*, IV, 108) o en Teodosio II (401-450), en cuyo famoso *Código* establece que el uso de esas prendas “*está reservado sólo al emperador y su familia*”, siendo Carlomagno el último emperador que vistió la auténtica púrpura fenicia (Corzo, 1988).

Es conocida una antigua leyenda fenicia sobre el origen de esta tinción en la ciudad de Tiro: El dios Melqart (*dios de la ciudad*) e identificado luego con Heracles griego, cortejaba en las playas de esta ciudad a una ninfa, quien tras observar la boca teñida de rojo de un perro que mordisqueaba la concha de un molusco, y para probar a su pretendiente, le pidió un vestido con ese color. El dios, para complacerla fundó la ciudad, donde por dos milenios ostentó la primacía en esta costosa y rentable industria. Leyendas aparte, al sur de Sidón se excavó en 1914 un yacimiento con acumulaciones de hasta 40 m de conchas de este molusco, que da idea del valor de esta industria, y otros alejados puntos, como en la isla de Mozia en Sicilia, Citerea, Creta, Dar Essafi o Cádiz, fueron puntos donde se extendió esta industria, paralela a su veneración por Melqart.

Con otros métodos de tinción, esta costumbre aún se mantuvo dentro de la Curia Romana, utilizándose el otro colorante de origen hemipteriano (*Kermes ilicis*), el cual contiene ácido kermésico, que es el principio activo en la tinción y que obtenían de las hembras fecundadas de estos insectos habitantes de encinas. El empleo de este insecto se mantuvo durante la Edad Media como materia tintórea por excelencia de los rojos para paños de lujo, y fue siendo sustituido por el monopolio español en la obtención de otros tintes con insectos similares de origen americano, los conocidos como grana (*Dactylopius coccus* y *Coccus cacti*: Homoptera, Lacciferidae, Dactylopiidae ya usados por los Mixtecas, quienes deslumbraron a los europeos por el color escarlata de sus tejidos teñidos de rojo con esta cochinita), insectos que generarán pingües beneficios (después del oro y la plata, la grana se convertiría entre 1550 y 1800 en la principal fuente de divisas para la Corona Española), siendo posteriormente remplazado por tintes sintéticos.

Sobre estas apreciadas técnicas de tinción de tejidos que dieron a los fenicios su nombre (en griego *Phoinix*), conviene anotar que aunque parecen haber sido usado en Egipto (*Papiro de Anastasia*, c. 1400 a. C.), corresponde a los fenicios su implantación y expansión por el Mediterráneo, habiendo también constancia de su uso entre los Minoicos que emplearon estos pigmentos en su pintura mural y su cerámica, también entre los Griegos, que lo admiraron y que, según comenta Dionisio de Halicarnaso (III, 61, 1-2), también era apreciado y habitual entre los reyes de Lidia y Persia, y el manto orlado de púrpura (*tébennos*) que de forma circular, cubría el hombro izquierdo de los hombres etruscos fue el antecedente de la toga romana. Tras la anexión de Fenicia al Imperio Romano, fue tomado el pigmento violeta y púrpura de este molusco y de este insecto como símbolos de rango, autoridad y prestigio, y se generalizó en las llamadas togas bizantinas (con el apreciado tono violeta oscuro que, por cierto, se denominaba “*cucaracha*”) o las togas de los senadores y mandatarios romanos. Como herencia de ellas llegaron a las sotanas

de los cardenales cristianos (*Púrpura Imperial* o *Real*) que desde 1467 mezclado con índigo y otros pigmentos extraídos de otros insectos alcanzó la conocida “*púrpura cardenalicia*” de la Curia Romana y formó parte de los pigmentos carmesí de los pintores del Renacimiento, y que aún hoy día acabó asumiendo, por motivos comerciales, el propio *Papá Noel*, y no deja de ser curioso, especialmente conociendo sus contactos y circunvalación del Continente Africano, que varias etnias nativas, subsaharianas también empleen el rojo para teñir sus tejidos, y de todos son conocidos los ya casi “turísticos” masáis de Kenia y Tanzania.

Pasando a otro grupo entomológico, y con respecto a las abejas y sus derivados, sabemos que la recolección de miel de abejas salvajes por parte del hombre se pierde en sus orígenes, y aún sigue practicándose en comunidades nativas allí donde las haya, y que una verdadera apicultura se fue gestando y perfeccionando de forma paralela a la domesticación de los primeros animales en los asentamientos neolíticos ya desarrollados (Efflatoun, 1929; Hallman, 1951; Fraser, 1951; Marchenay, 1979). Conocemos el uso de miel entre los mesopotámicos, y que las abejas salvajes fueron domesticadas por los Hititas, y sus técnicas fueron asumidas por Sumerios, Babilonios y Asirios, y las prácticas apícolas fueron extendidas bien por el comercio o por las invasiones/ guerras por Egipto y el Mediterráneo oriental, y a través de los Fenicios por todo el resto del Mediterráneo (un documento, el *Archivo de Ugarit*, en el que el rey fenicio se lamenta de estar sometidos por el monarca hitita a principios del s. XIV a.C., podría sugerir las fechas en las que podemos suponer la introducción de la apicultura hitita en Fenicia). Es conocido que tanto fenicios como filisteos ya practicaban la apicultura mucho antes de que los israelitas llamaran a su *Tierra Prometida* como de “abundante leche y miel”. Posteriormente los griegos, con una enorme herencia apícola minoica y micénica (especialmente minoica, comercialmente relacionada con Egipto y Fenicia) contribuirían también a difundir por sus colonias estas prácticas apícolas (Montserrat, 2012 b, 2013).

Hay sobradas referencias del cultivo de la abeja en colonias fenicias, tanto en islas como en el norte de África, reflejo de ello hallamos en la orfebrería y la numismática local con frecuentes imágenes de abejas (Fig. 41), o en topónimos (el nombre de la ciudad de Melilla parece tener apícolas orígenes). Muchas monedas halladas en yacimientos púnicos (ej.: los de Mozia, Palermo, Solunto, etc., en Sicilia, aun manteniendo apócopes de carácter fenicio/ púnico, tienen ya la impronta apícola griega tras su victoria en el 480 a.C.) (Fig. 26), aunque el creciente poder de Cartago retomará nuevas acuñaciones (aún con cierta continuidad estilística griega) en los s. IV y III hasta la conquista romana (Fig. 27). No obstante, al margen de las actividades apícolas locales, debían más comerciar con ella que producirla, y sugiero esto por la falta de referencias apícolas, tan abundantes sobre sus frutales y agriculturas: Filón de Biblos, en los fragmentos que nos han llegado de su *Historia fenicia* del s. I-II a.C., nos refiere personajes que inventaron (puede entenderse como oficios) la caza, la pesca, la vestimenta con pieles, la construcción, la escritura, la agricultura o la navegación y se adentraron en medios marinos, pero nada dice de quien “inventó” la apicultura, cosa que no ocurre con los griegos (según una leyenda griega las abejas nacieron en Creta en tiempos de Saturno, y por ello están frecuentemente vinculadas a esta isla, y Aristaeus, deidad pastoril e hijo de Apolo y la ninfa Cirene, fue

hecho inmortal por Gaia, protector de la caza y el ganado, así como de la apicultura, ya que fue quien inventó las colmenas).

En cualquier caso, es probable que por influencia mesopotámica y egipcia primero, y griega y romana después, algunos de los elementos que aparecen en sus escenas votivas o de ofrendas, de purificación y de libación pudiera participar la miel (Fig. 31). De hecho ya hemos citado en el apartado de su literatura alguna referencia documentada, y cientos de elementos cerámicos en su famosa cerámica de barniz rojo sugieren estas prácticas, y la progresiva sustitución (por influencias griegas) en urnas y estelas de la imagen del ofertado (deidad) por el oferente (orante) es esclarecedora. Ejemplos tenemos en la *Placa de culto*, la *Estela de Yehaumilk* (s. V a.C.) y la *Escena de ofrendas* de Balawat (s. IX a.C.) del Louvre, o el *Sarcófago de Ahiram* (s. XIII a.C.) del Museo de Beirut, (Fig. 31), e incluso en alguna de ellas, el aspecto granuloso (hexagonal) del objeto a ofrecer sugiere el uso de panales, y ejemplo tenemos en la *Estela votiva de Sulcis* (s. IV-III a.C.) del Museo Comunale de San Antioco. Y no hablando ya de suposiciones, sino de datos comprobados, ejemplo tenemos en el fragmento de una inscripción cartaginesa del s. III a.C., referente a una festividad que duraba al menos cinco días y para la que se hace previsión de ofrendas de frutas, perfumes, miel e incienso (Moscati, 1988), lo cual da fe sobre la utilización de la miel en sus rituales, de forma similar a lo que hallamos en Mesopotamia y Egipto (Monserrat, 2012a, 2013).

Tampoco parece extraño que la miel y la cera fueran utilizadas en rituales funerarios, habida cuenta de su uso generalizado y extendido en estas prácticas desde muy antiguo. De hecho, es característico en los enterramientos meridionales de Andalucía (Morro de Mezquitilla, Chorreras, Toscanos, Almuñécar/Sexi, Trayamar, etc.) (Tejera, 1979) que las cenizas del incinerado se alojaron en urnas de alabastro o mármol de fabricación egipcia correspondientes a amplios espacios de tiempo (con inscripciones de faraones de entre los s. XVI-VIII a.C. o de la XXII Dinastía, 874-773 a.C.) que nos cuentan la influencia egipcia llevada a las lejanas tierras de Iberia (García y Bellido, 1942; Martín Ruiz, 1995), y sin duda su aprecio por la miel y la cera, también quedaría reflejado, como ahora veremos, en estas prácticas funerarias, sin duda influidas por las egipcias, donde el empleo de la miel y la cera en ellas ha sido profusamente documentada (Monserrat, 2013).

Sin perder el hilo conductor de la abeja y sus derivados, no nos parece pues extraño que muchos de los elementos decorativos en la cerámica fenicia y púnica (y tartesa e ibera) sean precisamente círculos concéntricos, especialmente en la alfarería no vidriada (Fig. 28-30). La vinculación de estos elementos geométricos con las abejas y la miel se pierde en los orígenes de las manifestaciones artísticas humanas, y es especialmente evidente en la alfarería inicial en Europa, hallando estas figuras en multitud de objetos de barro desde Cerdeña a Chipre y Creta (Monserrat, 2011 a), y tales imágenes permanecerán tras la introducción del torno alfarero en el norte de África y en la Península Ibérica, siendo abundantes en la cerámica ibérica, tartesa o púnica (ej.: necrópolis del *Cortijo de las Sombras* en Frigiliana, Málaga) y posterior (González Prats, 1999) (Fig. 28-30).

Tampoco se ha reparado en la presencia de estos elementos concéntricos en la alfarería y en las figurillas de terracota fenicias, originariamente policromadas (s. IV-II a.C.), halladas en Ibiza y provenientes de los santuarios de Illa Plana

y Es Cuieram (Almagro Gorbea, 1980 a,b; Aubet, 1987; San Nicolás Pedraz, 1987; Ávila Granados & Batista Noguera, 1995; Kirchner, 2003), mayoritariamente asignadas a ofrendas relacionadas con la salud y la fertilidad (Museo Arqueológico de Ibiza, de Barcelona y Museo Arqueológico Nacional de Madrid), y precisa- y mayoritariamente asignadas a la diosa Tanit (las femeninas) (Fig. 35-38) o a Eshmun (las masculinas), y que en el caso de las femeninas podrían tener reminiscencias apícolas, ya que ataviadas con corona, portan una profusa decoración y elementos de adorno, frecuentemente formando espirales o círculos concéntricos, así como otros elementos que recuerdan mucho a las griegas deidades efésicas y délficas (Artemisa), tan abundosas en atributos femeninos de fertilidad y con cientos de abejas entre sus adornos y atributos. Recordemos a Artemisa de Éfeso y a las sacerdotisas que estaban relacionados con Melissa, Melissae (sacerdotisas - abejas de la Gran Madre Abeja Reina), en ciudades como Eleusis, Melita, Delfos, o Éfeso, cuya Sacerdotisa pítica era la *Abeja délfica*, y las sacerdotisas llevaban el nombre de abejas, y que a través de los minoicos y micénicos recogerán antiguas ideas mesopotámicas que las vinculan con la comunicación con los dioses y con prácticas iniciáticas y litúrgicas, hechos que permanecerán en el ideario mediterráneo, y que sin duda persistirán entre los fenicios, y no deja de ser curioso que alguna de estas figuras fenicias parecen presentar dos alas cubriendo el pecho, adoptando aspecto de crisálida (Fig. 34), elemento lepidópterológico que, como hemos indicado, hunde sus raíces y su vinculación femenina en los orígenes del arte (Monserrat, 2011a).

También tenemos indirectas referencias apícolas entre los fenicios a través de Egipto. Es conocido que en el Imperio Nuevo egipcio la miel se usaba como elemento de pago de expediciones militares o comerciales y como tributo a mandatarios, tal como aparece en los *Anales de Tutmosis III*, en los que se citan 470 jarras de miel de Djahi (Fenicia) y 264 de Retenu (nombre egipcio de la actual región de Palestina y Siria, que se extendía desde Tjara a Mitani), o también como tributo a mandatarios aparece en la *Tumba de Rekmire* en Tebas (s. XV a.C.), documento que nos asevera la producción apícola entre los fenicios y su estima, y que corrobora Ezequiel en su profecía contra Tiro (27, 12-25) que anteriormente hemos citado.

Mas no solo la miel era utilizada y apreciada por los fenicios, sino que una verdadera industria apícola se gestó en su territorio y en otros puntos de sus colonias, con el fin de obtener otros derivados de la abeja, acabando por reconocerse como una de las mejores por su calidad la que fue llamada *Cera Púnica*, con la que, naturalmente, comerciaban, y cuyas cualidades, junto a las de España, Pontus, Candia, Creta o Córcega, alababan autores griegos y romanos como Aristóteles, Celsio, Dioscórides, Plinio, Columela o Paladio, quienes hablan de las propiedades de las ceras púnicas. Los griegos y los romanos la emplearán para sus revestimientos y técnicas encáusticas.

Al margen de estas referencias entomológicas sobre las cochinillas, las abejas, y sus derivados, es necesario citar al escarabajo fenicio, como ejemplo de la importancia que tuvieron estos insectos en las creencias de los pueblos mediterráneos primevos (Cambefort, 1994 a, b), y de las que hemos dado buena cuenta en contribuciones anteriores (Monserrat, 2012 b, 2013), especialmente entre los Monoicos y sobre todo en Egipto, donde alcanzó categoría de deidad. Representados

en miles de objetos y estelas, son pues estos elementos, también asumidos por los fenicios, los más genuinamente artropodios, y que de forma general se conocen y citamos como escarabeos o simplemente sellos.

Mencionemos, como comentario introductorio previo, los sellos cilíndricos mesopotámicos, que eran muy útiles sobre arcilla blanda y que son conocidos en la zona desde principios de la Edad de Hierro. Es sabido que fue la Cultura Urartu (rival de los asirios entre el s. IX – VII a.C. y asentada en la vecina y actual Anatolia) la inventora de los sellos cilíndricos (Frankfort, 1939), objetos que heredarán el resto de las culturas que por la zona se iban gestando, y fueron característicos de las Mesopotámicas (Petrie, 1917; Frankfort, 1939). La proximidad de Fenicia podría haber ejercido influencia entre sus comerciantes, sin embargo, aún estaban lejos de ser algo más que pequeñas aldeas neolíticas en desarrollo, y habría que esperar a los conocidos escarabeos egipcios para que los fenicios asumieran este otro nuevo y práctico método identitario.

El tipo de sellos cilíndricos fue cayendo en desuso conforme otro tipo de escritura y otros soportes para ella fueron apareciendo (papiro, ostraka, pergamino), por lo que estos sellos fueron remplazados por los escarabeos (Harden, 1985). En Egipto, los sellos cilíndricos dejaron de usarse durante la X Dinastía y van siendo sustituidos por los conocidos escarabeos (Petrie, 1917; Ward, 1978; Ratcliffe, 2006), de los que se conocen millones de ejemplares, llegando a manifestar un auténtico elemento de su identidad, citándose ya la talla de ejemplares desde el 2600 – 2500 a.C. y especialmente hacia la X Dinastía, cuando su uso empieza a generalizarse, y son extremadamente frecuentes desde mediados de la XII Dinastía.

El escarabajo como representante del hombre y del mundo terrestre, de la resurrección y del eterno renacer, hizo que fuera el amuleto más popular (otros fueron el ojo de Horus, Ra, Bes, Thot, Tanit, etc.) junto a manos, pies, bellotas y animales (monos, carneros, liebres, leones, cerdos, halcones, etc.) en los enterramientos (casi siempre con escarabeos) que se depositaban junto al difunto como símbolo de nueva vida, y fue el amuleto de buena suerte más utilizado y uno de los elementos más frecuentes (Bondi, 1975; Tejera, 1979; Romano, 1990), extendiéndose su uso durante casi dos mil años, e influyendo en la vecina (e invadida) Fenicia.

Como en el caso de los egipcios, también en los sellos fenicios hallaremos una mayor creatividad y una marcada libertad por parte de los artistas, y en ellos hallaremos grabados multitud de elementos con sus nombres, escenas, creencias y, cómo no, elementos del medio natural. Utilizados primero como elemento identitario/comercial (Fig. 5-11), que nos aportarán nuevas y originales imágenes artropodios, posteriormente adquirirán fuertes connotaciones mágico/simbólicas (Fig. 12-14, 16, 39, 40), y por último serán utilizados como elemento marcadamente destinado al ornato y ostentación (Fig. 44, 45).

La presencia de escarabeos en suelo fenicio es de largo historial. Ya aparecen escarabeos, junto a sellos cilíndricos de tipo sirio, hachas, etc., en enterramientos de Kafer-Giarra (al este de Sidón), datados del Bronce Medio y Bronce Tardío, lo que refleja un muy primevo culto por este insecto, que se unirá a la posterior influencia egipcia, cuyo arte era ya por entonces admirado. Más tarde (s. XVI a.C.) siguen apareciendo (en pasta silícea) en enterramientos en Majdalouna, al

noreste de Sidón, y la influencia egipcia acaba por ser definitiva tras el hallazgo de 15 escarabeos de la poderosa XVIII Dinastía (algunos con el nombre de Thutmosis III), en una gruta funeraria de Qrayé o en las *Tumbas reales* de Mogheret Abloum (Moscati, 1988).

Sin duda los fenicios primero (y de ellos los cartagineses después) habrían tomado de los egipcios la tradición de vincular al escarabajo con la resurrección, y son frecuentes escarabajos tallados, a modo de amuletos, en sus prácticas funerarias. Se han hallado escarabajos tallados, a modo de amuletos o en sellos, de marcada influencia egipcia, en anillos y gemas en piedras semipreciosas (Fig. 13, 14, 45) hallados en sus asentamientos y enterramientos, no siempre pertenecientes a clases acomodadas (Fig. 39, 40), y estos motivos coleopterológicos fenicios, como el *Escarabajo fenicio de Nimrud* (s. VIII a. C.) en marfil y otros en oro, han sido hallados desde muy antiguo, lo que demuestra, también en Fenicia, un ancestral veneración por este insecto como amuleto. Los hallazgos de estas piezas en caliza, pasta silícea, marfil o piedras semipreciosas desde Cagliari, Tharros o Sássari (Cerdeña) (Matthiae Scandone, 1975; Acquaro, 1977) (Fig. 39-40) a Les Andalouses o Rachgoun (Argelia) o Lixos o Tit (Marruecos) muestran lo extendido de estos objetos (Bondi, 1975; Moscati, 1984, 1988). Lógicamente también aparecen en la órbita de su influencia, tales son los escarabeos púnicos de la Necrópolis del Puig des Molins en Ibiza (s. IV a. C.), el molde con *Escarabajo de Ibiza* (s. VI a. C.) o el *Molde de palmitos*, también de Ibiza (s. VI a. C.) (Fernández & Padró, 1982; Boardman, 1984; Fernández, *et al.*, 2009), y otros hallados en Andalucía, de marcada influencia egipcia.

Los escarabeos fenicios, mercadeados y producidos durante milenios, especialmente desde el s. VII a.C., acabarán sirviendo de un útil aliado en la datación de yacimientos (Harden, 1985) y en el registro glíptico, siendo extremadamente importantes a la hora de interpretar sus creencias y su historia. Como ocurrió entre los escarabeos egipcios (Petrie, 1917; Ransome, 1937; Ward, 1978; Cambefort, 1987, 1994 a, b; Ratcliffe, 2006; Monserrat, 2013, etc.), la forma de tallado y los materiales utilizados no solo dan información de su origen, sino de su comercio y tráfico a zonas muy alejadas (Matthiae Scandone, 1975). Inicialmente (finales s. VII a.C.) son mayoritariamente de estilo egipcio, hechos de piedras calizas, fayenza, pasta vítrea, etc. (Fig. 13, 14), hacia finales del s. V a.C. predomina la influencia griega y son mayoritariamente labrados en jaspe verde (Fig. 44), y ejemplos tenemos en los tallados en diaspro verde y corniola, característicos de Tharros (Cerdeña) (Acquaro, 1977), y en la época de las Guerras Púnicas vuelve la pasta vítrea y la fayenza. Estos escarabajos fueron tallados y realizados sobre todo tipo de materiales y generalmente de pequeños tamaños (Moscati, 1988), desde los más humildes en caliza, alabastro, esteatita o feldespato, a veces esmaltados (Fig. 13), a los más valiosos engarzados en pendientes (Fig. 45), anillos (Fig. 15, 45) o brazaletes en berilo, diaspro, serpentina, cuarzo/cristal de roca, ónix, jade, carnalita, obsidiana, hematita, ágata o lapislázuli, etc. (Fig. 14) y otras piedras opacas como mármol, basalto, diorita, granito, así como marfil, ámbar, madera o resinas; también aparecen manufacturados en pasta de vidrio y cerámica, en ocasiones toscos y sin detalles, mientras que en otros casos sugieren una precisa observación de modelos detallados o de ejemplares observados en la naturaleza (Fig. 13, 14, 16, 45).

Desde el inicial empleo y comercio con escarabeos de factura egipcia (Petrie, 1917; Ward, 1978; Cambefort, 1987, 1994 a, b; Ratcliffe, 2006), tallados en sus conocidos centros de producción (Naucratis o Menfis), poco a poco fueron aparentemente despojados de su ancestral vinculación divina egipcia, manteniendo solo su connotación mágica, y acabaron por ser de producción propia (Tharros), y aparecer en zonas más alejadas, como es el caso del bowl con motivos egipcios, escarabajo central y esfinges aladas (s. VIII a. C.) hallado en el asirio *Palacio de Ashurnasirpal II*, en Nimrud, Norte de Irak, probablemente llevado allí como botín de guerra (Fig. 19), u otros hallados en la ciudad cananea de Dor, de marcada influencia egipcia, siendo entomológico ejemplo de la influencia y expansión de creencias egipcias por el orbe, en este caso mediterráneo (fenicios, cretenses, griegos, etruscos, romanos, etc.) y aún más allá (Persia), y en Iberia son frecuentes en el interior de urnas funerarias, como los hallados en la Necrópolis de Ibiza o del *Cortijo de las Sombras* (s. VII-VI a.C.) en Frigiliana, Málaga (Fig. 30), por citar algún ejemplo ibérico, y acabará siendo el elemento determinante, no solo de las tumbas fenicias (Harden, 1985), sino de las tumbas mediterráneas hasta el periodo romano (Tejera, 1979; Tsirkin, 1985; Moscati, 1988).

Tras la caída de Fenicia en manos macedonias, un último reducto de esta milenaria tradición y culto al escarabajo se mantuvo en cierta forma vigente entre los griegos, y existen bellos anillos tallados en oro en el Louvre (s. VII a. C.) procedente de Chiusi que lo atestiguan, pero fue a través de Cartago, donde permaneció en auge, y han sido abundantemente hallados en enterramientos, y de ellos su culto pasó y permaneció en Cerdeña (Acquaro, 1977), y escarabeos egipcios y púnicos han sido hallados en esta isla en yacimientos más recientes (500 – 300 a.C.) en Nora, Bithia o Sulci (Fig. 39, 40) donde se producían casi industrialmente, y desde Etruria eran transportados a Roma.

El culto al escarabajo no acabó pues con los Minoicos ni con la anexión Greco-Romana de Egipto, sino que se mantuvo durante el Periodo Ptolomeico, influido por los Coptos que mantuvieron toda esta influencia egipcia y la transmitieron a griegos y romanos (Cambefort, 1994 a, b), pero fueron los Fenicios, especialmente en su periodo Púnico-Cartaginés, quienes retomaron estas tradiciones y, concluida la hegemonía miceno-cretense del Mediterráneo Oriental, las expandieron a través de su comercio de tejidos, joyas, vidrio/ pasta vidriada, cerámica o perfumes por el norte de África y sur-oeste europeo, siendo sus fábricas de una enorme calidad y su imagen extremadamente frecuente tanto en sellos como en orfebrería (Fig. 5, 10, 12-16, 18-20, 39, 40, 44, 45, 48-50), lo cual demuestra su veneración y su culto, o su asociación con la buena suerte o la virilidad, elementos que se extenderán y mantendrán por Creta, Persia, Macedonia, Cartago y Roma, donde se acostumbraba a llevarlos colgados como amuletos, así como en los enterramientos. También se mantuvieron como símbolo de la virilidad entre los soldados y como elementos de adorno y con la caída de Roma su culto prácticamente se perdió para siempre.

Como anotábamos anteriormente, al margen del continente de estos sellos (el propio escarabajo/ escarabeo), es en el contenido (elementos tallados sobre la cara plana) de los sellos fenicios donde hallamos una enorme variedad de animales, pero también de artrópodos (incluso otro escarabajo, Fig. 5, 10, 11), hecho que, de nuevo, demuestra la importan-

cia simbólica que todos estos pequeños animales poseían en todas estas civilizaciones primevas. Hallamos en ellos langostas y moscas, abejas, avispa (Fig. 9) o escorpiones (Fig. 8) grabados en ellos y, sobre todo, numerosos crustáceos, característicos de un pueblo tan marinero (Fig. 6, 7).

Los sellos fenicios son uno de los mejores ejemplos que constatan el eclecticismo de este pueblo que supo asumir influencias asirias (Fig. 6), egipcias (Fig. 5, 10, 11), cretenses o minoicas (Fig. 7, 8), e incluso aparecen elementos que se nos antojan marcadamente helénicos (no sabemos si eran piezas hechas por artífices fenicios para clientes griegos, o influencia griega sobre las manifestaciones fenicias), y como artropodiano ejemplo citemos un sello con una vaca amamantando un ternero y un tábano (Fig. 9), que se nos antoja relacionado con uno de los numerosos amoríos de la máxima deidad griega Zeus, entre los que se encontraba la doncella Io, a quien convirtió en una blanca vaca para disimular su interés por ella y así despistar a su celosa esposa Hera que tenía, nunca mejor dicho, “la mosca detrás de la oreja” y quien la quiso como regalo. En venganza, y entre otros suplicios, le mandó un tábano que perseguiría a la pobre vaca desde Grecia hasta Egipto (mientras corría desesperada con sus pezuñas dio forma a las costas del golfo que, en su honor, se llamó Golfo Jónico, cruzó el estrecho que separaba a Asia de Europa, y dio origen al nombre de Bósforo que significa *Paso de la Vaca*). Ya en Egipto tuvo al hijo de Zeus, llamado Épafo, y allí recuperó su forma humana (Esquilo *Suplicios* 306ff), habiéndose especulado que el tábano que la perseguía era el mismo Zeus (se habría convertido en tábano en Creta para estar junto a ella, y sólo contando insectos entre sus apasionados “disfraces”, recordemos que este ardoroso, impulsivo, insaciable e inquieto dios ya se había convertido en hormiga en Tesalia).

Habida cuenta de la cantidad de amuletos que se han hallado en yacimientos fenicios, especialmente en prácticas funerarias y enterramientos (Fig. 39, 40), es de suponer que, también ellos, eran un pueblo extremadamente supersticioso (Varios autores, 2007). Los más frecuentes poseen una marcada influencia egipcia, el ojo (*udja*), la serpiente (*ureus*), el halcón de Horus o seres deformes similares a las representaciones de Bes y Path (Fig. 11, 43). Muchas esculturas parecen haber sido auténticos móviles (cabeza, brazos, piernas), o en el caso de tratarse de figuras femeninas, están diseñadas para emanar leche de sus pechos, etc. (deidades de Galera en Granada, Motya en Sicilia, etc.), imágenes que generarían la alucinación de los incrédulos e ignorantes fieles, carne de cañón para la superchería. Por cierto, citemos que hay datos que sugieren el empleo de cera que taponaba los pezones, y que derretida con agua o leche caliente vertida en su interior, provocaría el milagroso efecto y, de paso, una asegurada adhesión de nuevos devotos a sus instituciones religiosas (y sus tarifas).

Como ocurría también entre los supersticiosos egipcios, - de quienes debemos hallar muchas de las creencias sobre los escarabajos entre los fenicios, especialmente en épocas de especial relación entre ambos pueblos-, encontramos que los escarabeos acabaron teniendo un carácter apotrópico y devocional (una forma personal de dirigir hacia uno mismo la religión y culto “oficiales” y, de paso, obtener protección frente a los peligros diarios al utilizarlos como amuletos que tendrían una función apotropaica, es decir de protección ante diferentes peligros por parte de quien lo porta), y sin duda

existieron prácticas de conjuros, maldiciones, etc., que reflejan algunas inscripciones o textos conservados. Muchos de los escarabajos citados o los escorpiones tallados en piedra (Fig. 4) o en decoraciones murales (Fig. 21), de marcada influencia egipcia y oriental, podrían estar relacionados con Tanit/ Astarté, según hemos anotado, o ser amuletos contra las picaduras de estos animales, y han sido hallados entre la proporcionalmente escueta y dispersa herencia de este desconcertante pueblo. Sin duda existieron oráculos y rituales con prácticas adivinatorias a manos de adivinos. Los del *Templo de Hércules*, en Cádiz eran famosos, incluso después de la toma romana de la ciudad en el 206 a.C. (su oráculo fue consultado por Aníbal, Fabio Máximo, Polibio, etc., y el sueño incestuoso del mismísimo Julio César fue interpretado por ellos como presagio de su dominio sobre Roma) (Tsirkin, 1985), y se les consultaba ante decisiones trascendentales y eran prácticas habituales (según cuentan Dion Casio y Cicerón, Aníbal era experto en artes adivinatorias), y “sabían” interpretar sueños o hallar indicios entre las vísceras de animales sacrificados, y como ocurría/ ocurrió en otros pueblos mediterráneos, es seguro que el vuelo de algunos insectos, en particular de las abejas, participaría en sus presagios.

Sobre su alfarería y su cerámica ya hemos hecho alguna referencia al tratar las abejas y sus derivados, pero es de recibo anotar que, no solo fueron pioneros, sino excelentes artifices. Aunque recibirán muy posteriores técnicas alfareras de sus vecinos orientales, es conocido que Fenicia, hacia el 7000 a.C., es uno de los puntos en el devenir humano donde aparece la alfarería (Biblos, Ganj Dareh y Tell Mureybit), primero sin cocer, y ya cocida en zonas próximas (Çatal Hüyük), siendo estos los primeros objetos de barro cocido que desde toda esta zona se extenderán por Irak (Jarmo), Irán (Deh Luran y Tepe Sarab). Posteriormente, hacia el 5090 – 6000 a.C., en los yacimientos de Hassuna y Samarra estas técnicas evolucionan con formas decoradas, incisas y policromadas, que con mil variantes llegarán y asumirán los sirio-palestinos y los fenicios como ejemplo de su oriental legado, llevando, a su vez, sus conocidas ánforas de base picuda (con capacidad entre 20-25 litros, cargadas de granos, carne, pescados, vinos, salsas/ *garum* y aceites), sus piezas modeladas en barro con formas animales y sus apreciadas piezas barnizadas en rojo a donde quiera que fueran, y difundiendo el uso del torno y el horno por todo el Mediterráneo (González Prats, 1999), técnicas de las que aprenderán multitud de pueblos nativos y que se mantendrán hasta hoy día, y no hay más que interesarse un poco por la artesanía en barro de zonas como Túnez, Sicilia, Grecia, Andalucía o Ibiza para admirar muestras y ejemplos de su legado.

Al margen de estos recipientes y objetos, y a camino de la escultura, digno de destacar son las citadas terracotas halladas en la Necrópolis del Puig d'és Molins (Ibiza), junto a otras piezas que, en forma de discos o placas con motivos silénicos o imágenes de Bes, portan abundantes motivos zoomorfos ornamentales (delfines, peces e insectos), que son bastante excepcionales (San Nicolás Pedraz, 1987). Recordemos que en el Egipto Antiguo, ciertas deidades o demonios como Aha, Bes o Tawaret protegían contra animales peligrosos como leones, serpientes y frecuentemente escorpiones, y sus efigies en arcilla o bronce actuaban como talismanes contra estas picaduras y eran de uso doméstico. Precisamente Bes fue una de las deidades egipcias asumidas por el olimpo fenicio, y está abundantemente representado en estatuillas y

estelas, y en Ibiza (la citada isla sin serpientes ni escorpiones) fue especialmente venerado. De hecho la isla de Ibiza (Eby-sus), fue colonizada por los cartagineses desde 654 a. C. (Gómez Bellard, 1990), año en que fundaron Ibosim (“ciudad del dios Bes”), nombre y ciudad del que parece derivar el nombre inicial de la actual ciudad/ isla de Ibiza.

También en su conocida y refinada orfebrería encontramos a nuestros *bichos*. Al margen de su preciosismo y su carácter mágico, religioso u ornamental, es frecuente en sus piezas elementos fitomorfos (palmitos, rosetas, flor de lotos) y zoomorfos (halcones, leones, esfinges, grifos y, cómo no, abejas y escarabeos) de marcada influencia orientalizante y egipcia (Fig. 41-47), sea sobre pectorales, anillos, pendientes, collares, brazaletes, etc. (Moscati, 1988). Los citados escarabajos suelen aparecer engarzados en piezas ornamentales, bien en pasta vítrea o esmaltada o piedras semipreciosas, y son particularmente frecuentes en anillos (Fig. 44), al modo de engarce egipcio, pero también aparecen en brazaletes (Fig. 42).

También alcanzaron un reconocido prestigio en la factura de alguno de sus objetos labrados en oro, plata o bronce, como las copas repujadas, donde hallamos al sempiterno escarabajo alado (Fig. 18-20, 49, 50). Aunque estos objetos son escasos en número y de datación y origen discutidos (se apunta Chipre su centro de producción y datación entre el s. VIII-VI a.C.), presentan tipologías sirias (Ugarith) y sin duda egipcias, con un motivo central, generalmente geométrico y una cenefa decorativa, normalmente animalística, propagandística, cinegética o bélica. En uno de ellos, labrado en plata y procedente de Amanthus, muestra a deidades egipcias y el escarabajo solar alado en un altar (Fig. 18), y en otra en bronce, procedente de Nimrud, se narra la escena en una hilera de esfinges que se alternan con papiros y sus brotes, sobre los que se sitúan escarabajos alados, curiosamente con cuatro alas (Fig. 19) y no con seis (dos pares + élitros) como habitualmente se representan en sus manifestaciones (Fig. 5, 10, 16, 42), y en otra copa, procedente de Preneste, también el escarabajo alado acompaña al faraón que derriba a sus enemigos (Fig. 20), todos ellos de marcada influencia egipcia.

Conviene indicar que hasta ahora hemos hablado del escarabajo que visualmente se identifica como tal (Fig. 5, 10, 16, 19, 20, 42, 48-50), pero la mencionada tendencia sintética en la iconografía fenicia hace que, en ocasiones, el escarabajo acabe siendo simplemente “interpretado” como disco solar alado, y así aparece en multitud de estelas, eboraria y estatuaría (Fig. 31-33, 47). Sin embargo hemos de indicar que el simple disco representa al escarabajo solar, a veces se insinúan sus patas (Fig. 32, 33), y cuando el soporte permite un mayor detalle, como en las obras labradas que estamos citando o en otras piezas similares (otro ejemplar procedente de Preneste, s. VII a.C., Museo Archeologico di Villa Giulia, Roma), se aprecian evidencias de lo que ahora reclamamos.

Para acabar con sus manifestaciones sobre metal, citemos un breve comentario sobre su numismática, de la que ya hemos hecho alguna referencia. Es lógico que el uso de monedas en su comercio haya sido de implantación tardía (aproximadamente un siglo de retraso respecto a su uso entre los griegos), habida cuenta del nivel de desarrollo de los pueblos mucho más atrasados con los que comerciaban, y con los que mayoritariamente el trueque e intercambio de materiales y productos era lo habitual. Esto hace que la numismática fenicia y púnica posea un menor desarrollo temporal y una menor

diversidad que la entomológica numismática griega (Monserat, 2012b).

La primera de sus monedas se acuña en Sidón hacia el 450 a.C., y posteriormente otros centros de emisión acuñarán las suyas (Tiro, Arados, Biblos); las otras ciudades no lo harán hasta la época helenística, cuando se animó el comercio con los griegos. Los motivos suelen ser barcos de guerra, carros, temas marítimos, cabezas de personajes con inclusión de animales: lechuzas, hipocampos, delfines, caballos, leones matando gacelas, moluscos, buitres, ciervos, carneros, etc., pero también en ellas encontramos al escorpión, como es el caso de las monedas de bronce acuñadas en Arados hacia el 380-350 a.C. En el lado mediterráneo occidental, Cartago inicia sus emisiones hacia el 410-390 a.C., con frecuentes imágenes de bustos de personajes (Coré), palmeras y caballos. También en algunas acuñaciones de Cartago hallamos el disco solar con reminiscencias coleopterológicas que hemos citado (Fig. 27). Igual ocurre con las monedas acuñadas en Sicilia (Siracusa, Agrigento, Selinunte, Gela, etc.), con abundantes imágenes de cangrejos de marcada continuidad con las emisiones griegas locales (Fig. 26).

Otros centros de influencia fenicia/ cartaginesa también acabaron por tener derecho a acuñar sus monedas. En los asentamientos sardos algunas acuñaciones retienen la estrella de ocho puntas (citada reminiscencia de la araña) asociada al toro, y en los de Iberia (Gadir/ Cádiz, Sexi/ Almuñécar) y Ebusus (Ibiza) aparecen elementos locales como el atún, el toro, o Bes con una serpiente en la mano. Posteriormente, en acuñaciones de Lixos, Sala, Rhysaddir, Tingis o Tamuda (Marruecos) o Melilla, se han hallado monedas que no solo nos aportan información de datación arqueológica (ej.: inscripción de acuñación RŠ'DR: Rhysaddir), sino elementos entomológicos de marcada influencia monetaria griega (espiga con abeja efésica) o de las riquezas de la ciudad que las acuñaba (ej.: monedas con espigas, racimos de uvas y abejas halladas en Melilla, ciudad que por otra parte hemos citado que puede tener esta apícola etimología). Las zonas de anterior influencia fenicia, ya en manos griegas, aportarán numerosos elementos artropodios (saltamontes y cangrejos) y ejemplo tenemos en las acuñaciones sicilianas de Akragas/ Agrigento (Monserat, 2012b) y el sistema cambiario persa y fenicio inicial acabará asumiendo el sistema griego localmente en algunas colonias cartaginesas, y ejemplo es el dicalco (del griego *dis*: dos y *chalkós*: cobre) que era una moneda de bronce de dos calcos o 14 leptas, que equivalía a un tetartemorio de plata o a la cuarta parte del óbolo, y esta moneda también existía en los sistemas monetarios de fenicios y cartagineses (Müller, 1964), y al otro lado del Mediterráneo, las acuñaciones griegas con abejas tan frecuentes en Éfeso (Monserat, 2012 b), se extenderán por la zona a otras *Polis* del Egeo de Creta o Fenicia como Julis, Smyrna, Arados, Lisus, Tharra, Elyrus o Praesus, con sus propias piezas apícolas (una moneda acuñada en el Egeo, Ceos, Julis, s. III a.C., con una estrella en una cara y una abeja en la otra sugiere la persistencia de estas ancestrales creencias).

Unas palabras finales sobre sus manifestaciones artísticas dedicamos a su pintura, de la que tenemos constancia en su utilización sobre su estatuaria, cerámica o eboraria, pero casi ningún recuerdo nos ha dejado sobre su arquitectura, y casi todos los ejemplos corresponden a paredes de enterramientos de época tardía/ helenística (s. IV-II a.C.). En esta pintura parietal, marcadamente contorneada y de rellenos

planos y con ausente perspectiva, hallamos algún ejemplo con reminiscencias artropodios. Ejemplo tenemos en la profusión de lepidopterológicos triángulos opuestos que en el techo y en la cenefa de sus muros aparece en la *Tumba de la Necrópolis de Gebel Mleza* en Cartago (Fig. 22), precisamente asociados con la imagen de la citada Tanit. En otra tumba, esta vez de la *Necrópolis de Tuvixeddu* en Cerdeña, en la llamada *Tumba del urei*, aparecen elementos marcadamente orientales-egipcios (flor de loto, palmeras) con otros típicamente fenicios (máscaras) y entre los primeros, un *urei* alado que nos recuerda al citado escarabajo alado (Fig. 21). Este egipcio y nubio símbolo mágico (*Uraeus* acuñado por Horapólón a finales del siglo V a. C.) que representa a la cobra de la protectora diosa solar Uadyet del Bajo Egipto, no es infrecuente en manifestaciones fenicias, incluso en las púnicas de Iberia (*Necrópolis de Les Casetes* en Villajoyosa, Alicante o en la del *Cortijo de las Sombras* en Frigiliana (Málaga).

Con respecto a su técnica, desde luego sus logros en la ingeniería naval y arquitectónica son innegables, pero poco podemos decir de su ciencia, habida cuenta de su carácter marcadamente supersticioso y su ausente intencionalidad experimental/ analítica. Sobre su medicina, más mágica que empírica, no ha quedado ningún tratado de sus fármacos, pero Dioscórides habla en su obra de la farmacopea cartaginesa, con recetas para tratar a los enfermos, en las que se utilizaban como compuestos básicos el azafrán, la mirra, el nardo, la pimienta blanca, el aceite de oliva y de rosas, las lentejas, el vino, la canela, el sésamo, el comino y desde luego la miel. Practicaban la cirugía (especialmente ante la temida lepra que, cómo no, fue bautizada por Hipócrates como *enfermedad fenicia*) e incluso la hidroterapia y la ortodoncia (ver enlaces).

Con respecto a los parásitos artropodios, y aunque fuera probable, no hay constancia de prácticas de afeitado capilar que pudieran tener origen profiláctico contra los piojos, hecho extendido entre los egipcios, especialmente documentado entre los reyes, sus primogénitos y los sacerdotes de los templos, y en la mayor parte de las imágenes que los fenicios fueron representados como imágenes humanas aparecen tocados con diferentes gorros o cascos que ocultan sus cabezas (Fig. 51, 52). Pero nos ha llegado una referencia que nos recuerda o sugiere estas prácticas. Así en el templo de Kiton (Chipre) construido a finales del s. IX a.C. y en el que una inscripción fragmentada sobre una copa nos habla de una tal ML que dio como ofrenda sus cabellos al templo, práctica conocida también por la descripción de la Gran Diosa de Yerapolis (Siria) que mencionaba Luciano, y quien indicaba que los jóvenes adoradores que por primera vez iban al templo, se cortaban el pelo y ofrecían sus cabellos a la diosa, y entre el personal de los templos de Astarté había barberos sagrados (Moscati, 1988), y varias navajas de afeitar bellamente labradas y dedicadas a este fin han llegado a nuestros días (Museo de Cartago). Recordemos que *Heródoto* hace varias referencias mortuorias relacionadas con dejarse el pelo largo o afeitárselo entre diversos pueblos y es probable que estas prácticas tuvieran su origen en evitar la pediculosis, y así menciona cómo los isedones escitas rapaban las cabezas de sus muertos (IV, 26) y esta práctica no era infrecuente en la antigüedad, y otros ejemplos cita entre los muchachos y muchachas de Delos (IV, 34) o de los súbditos de los reyes escitas fallecidos, y también cita que en Grecia, raparse la cabeza mantuvo el carácter religioso y relación con el dolor ante el fallecimiento de un ser querido o admirado (VI, 21), y

en términos bíblicos se cita la relación de alejarse del pecado carnal con esta práctica (*nazareato*) y ejemplo tenemos en “y le dijo: Nunca a mi cabeza llego navaja; porque soy nazareo de Dios desde el vientre de mi madre. Si fuere rapado, mi fuerza se apartara de mí, y me debilitare y seré como todos los hombres” (Jueces 16:17) y otros datos tenemos del mismo San Pablo (*Hechos*, 18, 18).

Comentario final

A pesar de tratarse de una civilización mucho menos conocida o documentada que las Mesopotámicas o la Egipcia, y no digamos la Griega y Romana, hemos vuelto a demostrar la presencia de nuestros queridos *bichos* entre los fenicios, a quienes, especialmente los países ribereños del Mediterráneo y los habitantes de la Península Ibérica en particular (García y Bellido, 1942; Santos Yangüas, 1989), tantas cosas les debemos, sea el manejo de los metales, especialmente el hierro, sea el alfar y el torno, sea el cultivo de la vid o el olivo, la apicultura o el abecedario, y entre otras, haber sido los primeros que nos trajeron la civilización que hacía tiempo ya se gestaba al otro lado del Mediterráneo (aunque también nos trajeron la jerarquización de las sociedades de Iberia, hasta entonces aparentemente en sistema social igualitario).

Como tantas otras veces citamos al referirnos a pretéritas culturas y civilizaciones, la actual situación en la zona, las fanáticas religiones y la irreconciliable rivalidad entre las diversas etnias y sectas, las asumidas dictaduras, y los interminables conflictos bélicos frecuentemente de ellas derivados, también mantienen el original territorio fenicio en una permanente región llena de incomprensible violencia, de desencuentros y de aparentemente irremediables conflictos que impiden generar cultura y abordar nuevos estudios arqueológicos que nos hagan saber algo más de aquel pueblo que llevó desde allí la civilización, y no el terrorismo o la violencia, a todo el orbe mediterráneo. En cualquier caso, reconozcamos la importancia que tuvieron y asumamos y agradezcamos su herencia.

Para los lectores interesados anotamos la bibliografía citada y enlaces donde pueden ampliar y discutir los datos ahora expuestos.

Agradecimiento

Agradecemos a Pedro Monserrat sus comentarios y a José Ramón Ruiz su ayuda en la traducción de algunos textos.

Referencias citadas

ACQUARO, E. 1977. *Amuleti egiziani ed egittizanti del Museo Nazionale di Caligari*, Consiglio nazionale delle ricerche, Roma, 158 pp.

ALMAGRO GORBEA, M. J. 1980 a. *Corpus de Terracotas de Ibiza*, Biblioteca Praehistorica Hispana 18, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 348 pp.

ALMAGRO GORBEA, M. J. 1980 b. *Catálogo de terracotas de Ibiza*, Ministerio de Cultura, Madrid, 240 pp.

ÁVILA GRANADOS, J. & R. BATISTA NOGUERA 1995. *Terracotas de Ibiza: dioses de barro*, Enciclopedia del arte de Franco Maria Ricci, tomo 1, vol. 1: 111-132.

AUBET, M. E. 1987. *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Bellaterra, Barcelona, 323 pp.

BELMONTE AVILÉS, J. A. 2003. *Cuatro estudios sobre los dominios territoriales de las ciudades estado fenicias*, Publicaciones del Laboratorio de Arqueología, Universidad Pompeu Frabra de Barcelona, Barcelona, 181 pp.

BELVES, P. & F. MATHEY 1968. *Animals in Art: a practical introduction to seventy of the principle techniques of art*, Odhams Books, Feltham, 109 pp.

BERNAL, M. 1987. *Atenea negra: Las raíces afroasiáticas de la Civilización clásica*, Crítica, Barcelona, 512 pp.

BERRY, A. M. 1929. *Animals in Art*. Chatto & Windus, London, 83 pp.

BILLIE, J. C. 2002. *A history of the animal world in the ancient Near East*, Parte 1, Volumen 64, Brill, Leiden, 620 pp.

BLÁZQUEZ, J. M. (et al.). 1992. *Historia de Oriente antiguo*, Cátedra, Madrid, 648 pp.

BOARDMAN, J. (et al.). 1984. *Escarabeos de piedra procedentes de Ibiza*, Ministerio de Cultura, Madrid, 103 pp.

BONDI, S. F. 1975. Gli scarabei di Monte Sirai, *Saggi fenici*, I: 73-98. Roma.

BRION, M. 1959. *Animals in art*, Harrap, London, 132 pp.

BURGESS, N. R. H. 1981. The insect in art. *Antenna*, 5, 2: 52-53.

CAMBEFORT, Y. 1987. Le scarabée dan l’Egypte ancienne. Origine et signification du symbole. *Revue d’Histoire des Religions*, 204, 1: 3-46.

CAMBEFORT, Y. 1994a. *Le Scarabée et les dieux*. Boubée, Paris, Mondeville, 224 pp.

CAMBEFORT, Y. 1994b. *Beetles as Religious Symbols*, Disponible on line en: http://www.insects.org/ced2/beetles_rel_sym.html

CHAVALAS, M. W. & K. LAWSON YOUN 2002. *Mesopotamia and the Bible: comparative explorations*, Grand Rapids, Baker Academic, Michigan, 395 pp.

COLLINS, M. S. 1979. The Insect in Art. *Black Art Int. Q.* 3, 3: 14-28.

CORZO, R. 1988. *Los fenicios, señores del mar*. Historia 16, Historias del Viejo Mundo 8, Madrid, 129 pp.

CORZO, R. 1991. Arte fenicio y púnico, *Cuadernos de Arte Español* 9, Madrid, 31 pp.

DALLEY, S. 1991. *Myths from Mesopotamia*, Oxford University Press, Oxford, 337 pp.

DENT, A. 1976. *Animals in art*, Phaidon, Oxford, 96 pp.

DHORME, E. & R. DUSSAUD 1949. *Les religions de Babylonie et d’Assyrie; Les religions des hittites, des pheniciens et des syriens*, Presses Universitaires de France, Paris, 433 pp.

EFFLATOUN, B. 1929. The Development of Entomological Science in Egypt. *Transactions of the IV International Congress of Entomology*, 2: 737-742.

FERNÁNDEZ, J. H. (et al.) 2009. Amuletos púnicos de hueso hallados en Ibiza, *Treballs del Museu Arqueològic d’Eivissa i Formentera*, 62: 235-247.

FERNÁNDEZ, J. H. & J. PADRÓ 1982. *Escarabeos del Museo Arqueológico de Ibiza*, Ministerio de Cultura, Madrid, 247 pp.

FRANKENSTEIN, S. 1997. *Arqueología del colonialismo: el impacto fenicio y griego en el sur de la Península Ibérica y el suroeste de Alemania*, Crítica, Barcelona, 386 pp.

FRANKFORT, H. 1939. *Cylinder Seals*, MacMillan, London. 328 pp.

FRASER, H. M. 1951. *Beekeeping in Antiquity*, University of London, London, 145 pp.

FROST, S. W. 1937. The Insects motif in art. *The Scientific*, 44: 77-83.

GARCÍA Y BELLIDO, A. 1942. *Fenicios y cartagineses en Occidente*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 316 pp.

GARCÍA Y BELLIDO, A. 1998. *Veinticinco estampas de la España antigua*, Colección Austral, Madrid, 263 pp.

GIMBUTAS, M. 1991. *Diosas y dioses de la Vieja Europa 7000-3500 a.C. Mitos, leyendas e imaginaria*, Istmo, Madrid, 347 pp.

GIMBUTAS, M. 1996. *El lenguaje de la Diosa*, GEA, Oviedo, 388 pp.

GÓMEZ BELLARD, C. 1990. *La colonización fenicia de la isla de Ibiza*, Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, EAE, 157, Madrid, 209 pp.

GONZÁLEZ PRATS, A. (ed.) 1999. *Cerámica fenicia en Occidente. Centros de producción y áreas de comercio*, Actas del I Se-

- minario Internacional sobre Temas Fenicios celebrado en Guardamar del Segura del 21 al 24 de noviembre de 1997, Alicante, 301 pp.
- GRAS, M., P. ROUILLARD & J. TEIXIDOR 1995. *L'univers phénicien*. Hachette, París.
- HALLMAN, M. S. 1951. The Story of Honey Bees. *Bios* XXII, 3: 198-208.
- HARDEN, D. 1985. *Los fenicios*, Orbis, Biblioteca de Historia, Barcelona, 249 pp.
- HERM, G. 1976. *Fenicios, el imperio de la púrpura en la antigüedad*, Destino, Barcelona, 335 pp.
- HOTCHKISS, B. D. 1994. *Noble beasts: Animals in art*, National Gallery of Art, Little, Brown, Boston, 103 pp.
- KIRCHNER, H. 2003. *La cerámica de Yàbisa*, Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera, Ibiza, 484 pp.
- KLINGENDER, F. 1971. *Animals in art and thought to the end of the Middle-Ages*, Routledge & Kegan, London, 580 pp.
- LEROI GOURHAN, A. 1958 a. La fonction des signes dans les sanctuaires paléolithiques, *B.S.P.F.*, 55: 307-321.
- LEROI GOURHAN, A. 1958 b. Le symbolisme des grands signes dans l'art paléolithique, *B.S.P.F.*, 55: 384-398.
- LEROI GOURHAN, A. 1968. *Prehistoria del arte occidental*, Gustavo Gili, Barcelona, 326 pp.
- LIPINSKI, E. 1995. *Dieux et déesses de l'univers phénicien et punique*, Leuven, Peeters, Departement Oosterse Studies, París, 536 pp.
- LUCIE-SMITH, E. 1998. *Zoo: Animals in art*, Aurum Press, London, 400 pp.
- MARCHENAY, P. 1979. *L'Homme et l'abeille*, Berger-Levrault, Paris, 207 pp.
- MARTÍN RUIZ, J. A. 1995. *Catálogo documental de Los Fenicios en Andalucía*. Junta de Andalucía, Sevilla, 272 pp.
- MATTHIAE SCANDONE, G. 1975. *Scarabei e scaraboidi egiziani ed egittizzanti del Museo Nazionale di Caligari*, Consiglio nazionale delle ricerche, Roma, 105 pp.
- MONSERRAT, V. J. 2010. Los artrópodos en la Historia y en el Arte de la Ciudad de Florencia, *Boletín de la Sociedad Entomológica Aragonesa*, 47: 499-549.
- MONSERRAT, V. J. 2011 a. Sobre los artrópodos en los inicios de la abstracción y la figuración humana, *Boletín de la Sociedad Entomológica Aragonesa*, 48: 1-45.
- MONSERRAT, V. J. 2011 b. Sobre los artrópodos en la obra de Heródoto y su tiempo, *Boletín de la Sociedad Entomológica Aragonesa*, 48: 525-543.
- MONSERRAT, V. J. 2012 a. Los artrópodos en la mitología, la ciencia y el arte de Mesopotamia, *Boletín de la Sociedad Entomológica Aragonesa*, 51: 421-255.
- MONSERRAT, V. J. 2012 b. Los artrópodos en la numismática de Grecia y Roma Clásicas, *Boletín de la Sociedad Entomológica Aragonesa*, 50: 591-629.
- MONSERRAT, V. J. 2012 c. Los artrópodos en la cinematografía de Pedro Almodóvar, *Boletín de la Sociedad Entomológica Aragonesa*, 51: 391-420.
- MONSERRAT, V. J. 2013. Los artrópodos en la mitología, las creencias, la ciencia y el arte del Antiguo Egipto, *Boletín de la Sociedad Entomológica Aragonesa*, 52: 373-437.
- MONSERRAT, V.J. & A. MELIC 2012. Las arañas en la cultura y arte de Occidente (Arachnida: Araneae), *Boletín de la Sociedad Entomológica Aragonesa*, 50: 631-673.
- MOORE, R. 1995. *Animals in Art*, Wayland, Sussex, 32 pp.
- MOSCATI, S. 1984. *Cartagineses*, Encuentro, Madrid, 277 pp.
- MOSCATI, S. (Dir.), 1988. *Los fenicios*, Folio, Barcelona, 589 pp.
- MÜLLER, L. 1964. *Numismatique de l'ancienne Afrique*. Troisième volume. Les monnaies de la Numidie et de la Mauritanie, Arnaldo Forni, Bologna, 3 tomos.
- OHLER, A. M. 2009. *Atlas de la Biblia*. Akal, Madrid, 263 pp.
- PETRIE, W. M. F. 1917. *Scarabs and Cylinders with names*, School of Archeology in Egypt and Constable and Company, London, 46 pp., pl. I-LXXIII.
- PRADOS MARTÍNEZ, F. 2008. *Arquitectura púnica. Los monumentos funerarios*. Anejos de la A.Esp.A., XLIV, Madrid, 341 pp.
- RANSOME, H. M. 1937. *The Sacred Bee in ancient times and folklore*, Houghton Mifflin Company, Boston & New York, George Allen & Unwin Ltd, London, 308 pp.
- RATCLIFFE, B. C. 2006. Scarab Beetles in Human Culture, *Coleopterists Society Monograph*, 5: 85-101.
- RAWSON, J. 1997. *Animals in art*, British Museum Publications, Trustees of the British Museum, London, 150 pp.
- ROMANO, J. 1990. *Death, burial, and afterlife in ancient Egypt*. The Carnegie Museum of Natural History, Pittsburgh, 41 pp.
- SACCASYN DELLA SANTA, E. 1947. *Les figures humaines du paléolithique supérieur*, De Sikkel, Amberes, 208 pp.
- SAN NICOLÁS PEDRAZ, M.P. 1987. *Las terracotas figuradas de la Ibiza púnica*, Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma, 95 pp.
- SANTOS YANGÜAS, J. 1989. *Los pueblos de la España Antigua*, Historia 16, Madrid, 219 pp.
- SHAFFER, B.E. 1991. *Religion in ancient Egypt: gods, myths, and personal practice*. *Religion in ancient Egypt: gods, myths, and personal practice*, London, 217 pp.
- SOMERVILLE, L. 1996. *Animals in art*, Cherrytree Books, Bath, 47 pp.
- TEJERA, A. 1979. Las tumbas fenicias y púnicas del Mediterráneo Occidental, *Anales de la Universidad Hispalense. Filosofía y Letras* 44, Universidad de Sevilla, Sevilla.
- THOORENS, L. 1977. *De Sumer a la Grecia Clásica: Mesopotamia, Egipto, Palestina, Persia, Grecia*. Daimon, Madrid, 315 pp.
- TSIRKIN, J. B. 1985. The Phoenician civilization in roman Spain, *Gerión*, 3: 245-270.
- VARIOS AUTORES 2007. Magia y superstición en el mundo fenicio-púnico. *Actas de las XXI jornadas de arqueología fenicio-púnica que tuvieron lugar en Ibiza en 2006*, Ibiza, 193 pp.
- VERCOUTTER, J. 1945. *Les objets égyptiens et égyptisants du mobilier funéraire carthaginois*, Librairie orientaliste Paul Geuthner, París, 397.
- WARD, W. A. 1978. *Studies on Scarab Seals*, Vol. 1, Pre-12th Dynasty Scarab Amulets. Aris & Phillips, Warminster, 116 pp.
- WATTERSON, B. 1984. *The gods of ancient Egypt*. Batsford, London, 208 pp.
- YOFFEE, N. 2005. *Myths of the archaic state: evolution of the earliest cities, states and civilizations*, Cambridge University Press, Cambridge, 277 pp.

Enlaces recomendados:

- Enciclopedia Fenicia: <http://phoenicia.org/>
- Arte fenicio: http://es.wikipedia.org/wiki/Arte_fenicio
- <http://www.arteguias.com/fenicio.htm>
- <http://www.arteespana.com/artefenicio.htm>
- <http://www.artehistoria.jcyl.es/artesp/contextos/6353.htm>
- <http://www.artehistoria.jcyl.es/arte/contextos/2390.htm>
- Alfabeto: http://es.wikipedia.org/wiki/Alfabeto_fenicio
- Idioma: http://es.wikipedia.org/wiki/Idioma_fenicio
- Literatura fenicio-púnica: http://es.wikipedia.org/wiki/Literatura_fenicio-p%C3%BAnica
- Mitología fenicia: http://es.wikipedia.org/wiki/Mitolog%C3%ADa_fenicia#Baal_Hamm.C3.B3n
- Cartago: <http://es.wikipedia.org/wiki/Cartago>
- <http://qarthadast.blogspot.com.es/2008/08/los-dioses.html>
- Púrpura de Tiro: http://es.wikipedia.org/wiki/Tinte_fenicio
- Cera púnica: <http://www.encaustica.es/tecnica.htm>
- Medicina fenicio-púnica: <http://mural.uv.es/dosagar/arcaica.htm>

► **Lámina 1:** 1: Inscripción de Biblos (primera mitad del II milenio a.C.), de Corzo, 1988. 2: Inscripción púnica procedente de Cartago (s. II a.C.), Musée de Carthage, Cartago, de Moscati, 1988. 3: Reproducción de la Estela de Bensafrim, mostrando una inscripción en lo que se cree es la lengua de Tartessos, de <http://www.arikah.net/enciclopedia-espanola/Tartessos>. 4: Amuleto fenicio con forma de escorpión, Sidón, Líbano (900 - 600 a.C.), (10.2x 15.9cm), diorita, colección particular (USA). 5: Gema fenicia con escarabajo solar de cuatro alas procedente de Chipre, Oxford III, no. 560. 6: Gema fenicia con arquero cabalgando sobre un cangrejo, procedente de Tharros, London no. 429. 7: Impresión de gema fenicia con cangrejo, procedente de Cartago. 8: Impresión de gema fenicia con imagen de escorpión, procede de Ibiza, (Madrid 37008, 136). 9: Impresión de gema fenicia con toro y tábano hallada en Jerusalén, Israel Museum. 10: Gema fenicia en lapislázuli con escarabajo de cabeza humana e inscripción hebrea *blth*, Péronne, Danicourt Collection. 11: Impresión de gema fenicia con escarabajo solar flanqueado por urei escorpioniformes con cabeza humana. 12: Dibujos de objetos fenicios, a: escarabajo fenicio en marfil, Nimrud (s. VIII a. C.), b: moule de escarabajo fenicio, Ibiza (s. VI a. C.), c: moule de palmitos, Ibiza (s. VI a. C.), de Cambefort, 1987. 13: Escarabeo procedente de Sulcis con inscripción egipcia y fenicia (s. V-IV a.C.), de Moscati, 1988. 14: Escarabeos fenicios (s. VII-V a.C.), esteatita y cristal de roca, Museo Nazionale G.A.Sanna, Bibliothèque Nationale de Paris, de Moscati, 1988. 15: Anillo fenicio con escarabajo (900 a.C.), 25 mm, oro y caliza, Colección particular. 16: Placa de marfil con escarabajo alado procedente de Nimrud (s. VIII a.C.), Musées Royaux d'Art et d'Histoire, Bruselas, de Moscati, 1988. 17: Dibujo de estela funeraria con los símbolos de Tanit, procedente del Tophet de Cartago, British Museum, Londres. 18: Dibujo de cuenco fenicio procedente de Amanthus con escarabajo alado (s. VII a.C.), plata, de Harden, 1985. 19: Bol fenicio con motivos egipcios, escarabajo central y esfinges aladas (s. VIII a.C.), hallado en el Palacio Asirio de Ashurnasirpal II, en Nimrud, Irak (ø 18 cm, alt. 2 cm), British Museum, Londres. 20: Detalle de la copa de la Tumba de Bernardini procedente de Preneste (s. VII a.C.), plata (ø 19,5 cm), Museo Archeologico di Villa Giulia, Roma, de Moscati, 1988. 21: Decoración mural de la Tumba del Ureo, Necrópolis de Tuvixeddu (s. III a. C.), de Moscati, 1988. 22: Decoración mural de la Tumba de la necrópolis de Gebel Mlezza, Kerkouane (s. IV-III a. C.), de Moscati, 1988. 23: Estela con Tanit, deidad femenina de la fertilidad, Museo Nacional El Bardo, Túnez, fotografía de Juan Antonio Ruiz Rivas. 24: Estela con símbolo de Tanit, Cartago (s. I. a.C.). 25: Pesa con el símbolo de Tanit, Musée du Louvre, París. 26: Tetradracma de plata acuñado en Sicilia, Motya, Ocupación Púnica (c. 405-397 a.C.) con cabeza de Arethusa y cangrejo, de The CoinArchives.com. 27: Moneda en electro acuñada en Cartago con cabeza de Coré, caballo, disco solar y urei (255-241 a.C.), Museo Nacional El Bardo, Túnez, de Moscati, 1988.

► **Plate 1:** 1: Text of Byblos (first half of the second millennium BC), from Corzo, 1988. 2: Punic Carthage text (II century BC), Musée de Carthage, Carthage, from Moscati, 1988. 3: Playing of the Bensafrim Stele, an inscription showing what is believed to be the language of Tarshish, from <http://www.arikah.net/enciclopedia-espanola/Tartessos>. 4: Amulet Phoenician scorpion-shaped, Sidon, Lebanon (900 - 600 BC), (10.2x 15.9cm), diorite, private collection (USA). 5: Phoenician gem with solar beetle four winged, from Cyprus, Oxford III, no. 560. 6: Phoenician gem with archer riding a crab, from Tharros, London, no. 429. 7: Printing Phoenician crab gem, from Carthage. 8: Printing Phoenician gem with scorpion image comes from Ibiza, (Madrid 37008, 136). 9: Printing Phoenician gem with bull and horse fly found in Jerusalem, Israel Museum. 10: Phoenician in lapis gem with human head and beetle and *blth* Hebrew inscription, Peronne, Danicourt Collection. 11: Printing Phoenician gem with solar beetle flanked by urei as scorpion with human head. 12: Drawings of Phoenicians objects, a: Phoenician ivory beetle, Nimrud (VIII century BC), b: beetle Phoenician moule, Ibiza (sixth century BC), c: moule with palms, Ibiza (sixth century BC), from Cambefort, 1987. 13: Scarab from Sulcis with Egyptian and Phoenician inscription (V-IV century BC), from Moscati, 1988. 14: Phoenician scarabs (VII-V century BC), soapstone and rock crystal, Museo Nazionale GASanna, Bibliothèque Nationale de Paris, from Moscati, 1988. 15: Phoenician Ring with beetle (900 BC), 25 mm, gold and limestone, Private collection. 16: Ivory plate with winged scarab, from Nimrud (VIII century BC), Royaux Musées d'Art et d'Histoire, Brussels, from Moscati, 1988. 17: Drawing of funerary stele with the symbols of Tanit, from the Tophet of Carthage, British Museum, London. 18: Drawing from Amanthus Phoenician bowl with winged scarab (VII century BC), silver, from Harden, 1985. 19: Phoenician bowl with Egyptian motifs, central and winged sphinxes beetle (VIII century BC), found in the Assyrian palace of Ashurnasirpal II in Nimrud, Iraq, (ø 18 cm, high 2 cm), British Museum, London. 20: Detail of the cup from Bernardini Tomb, in Preneste (VII century BC), silver (ø 19.5 cm), Archaeological Museum Villa Giulia, Rome, from Moscati, 1988. 21: Wall decor of the Ureo Tomb, Tuvixeddu Necropolis (III century BC), from Moscati, 1988. 22: Mural Decoration of a Tomb of the Gebel Mlezza Necropolis, Kerkouane (IV-III century BC), from Moscati, 1988. 23: Stele with Tanit, female deity of fertility, Bardo Museum, Tunisia, photo by Juan Antonio Ruiz Rivas. 24: Stele with Tanit symbol, Carthage (I century BC). 25: Weight with the symbol of Tanit, Musée du Louvre, Paris. 26: Silver tetradrachm minted in Sicily, Motya, Punic Occupation (c. 405-397 BC) with Arethusa headed and crab, from The CoinArchives.com. 27: Coin in electro minted in Carthage, headed Korah, horse, solar disk and urei (255-241 BC), The Bardo Museum, Tunis, from Moscati, 1988.

► **Lámina 2: 28:** Fragmento de cerámica tartesa con círculos concéntricos, de El Carambolo, de http://www.tartessos.info/excav/cerro_macareno35.htm. **29:** Cerámica fenicia con figuras concéntricas, Cueva Siete Palacios, Museo Arqueológico, Almuñécar, Granada. **30:** Urna púnica procedente del Cortijo de las Sombras (s. VII-VI a.C.), Museo Arqueológico de Frigiliana, Málaga, fotografía del autor. **31:** Estela votiva de Yehaumilk procedente de Biblos con oferente y disco solar alado (s. V a.C.), Musée du Louvre, París, de Moscati, 1988. **32:** Estela votiva procedente de Tiro con figura femenina y disco solar alado (s. II a.C.), Musée du Louvre, París, de Moscati, 1988. **33:** Estela votiva de tres caras procedente de Arados con figuras y disco solar alado (s. I a.C.), Musée du Louvre, París, de Moscati, 1988. **34:** Busto en terracota de personaje femenino con reminiscencias de crisálida procedente de la Gruta de Es Cuyram, Ibiza (s. III a.C.), Museo Arqueológico de Ibiza, de Moscati, 1988. **35:** Estatuilla femenina en terracota procedente de la necrópolis de Puig d'es Molins, Ibiza (s. IV a.C.), Museo Arqueológico Nacional, Madrid, de Moscati, 1988. **36-38:** Estatuillas femeninas fenicias en terracota procedentes de la necrópolis de Puig d'es Molins, Ibiza (s. V-III a.C.), Museo Arqueológico de Barcelona, Museo Arqueológico de Madrid, Museo Arqueológico de Ibiza, de Corzo, 1988. **39, 40:** Escarabeos egipcios, púnicos y locales hallados en yacimientos de Nora, Bithia o Sulci (Cerdeña) (500 – 300 a.C.), Museo Nazionale G.A. Sanna (Sassari), fotografía del autor. **41:** Joyas púnicas (s. IV a.C.), Museo de Bellas Artes, Cádiz. **42:** Hebilla de oro con escarabeo alado, palmeras y flor de lotos procedente de Tharros (s. VII-VI a.C.), (12,80 x 3, 40 cm), Museo Archeologico Nazionale, Caligari, de Moscati, 1988. **43:** Anillo con escarabeo y ojo de Orus en oro (s. VII-VI a.C.), Museo de El Bardo, Túnez, de Moscati, 1988. **44:** Escarabeo en diáspiro verde montado en oro procedente de Tharros (s. V-IV a.C.), Museo Archeologico Nazionale, Caligari, de Moscati, 1988. **45:** Escarabeo en corniola montado en oro (s. VI-V a.C.), Museo de El Bardo, Túnez, de Moscati, 1988. **46:** Coraza de bronce dorado con cabeza de Astarté y rosetas (s. III-II a. C.), Museo de El Bardo, Túnez, de Moscati, 1988. **47:** Collar con abalorios y colgante con disco solar alado y urei procedente de Cartago (s. VII-VI a.C.), plata dorada, Musée de Carthage, Cartago, de Moscati, 1988. **48:** Medallón de Biblos con escarabajo y el cartucho del faraón Ip Abi Shemu (s. XVIII a.C.), oro, esmalte y piedras semipreciosas, Museo Nacional de Beirut, de Corzo, 1988. **49:** Copa de Idalión con faraón triunfante y disco alado (s. VII a.C.), plata y oro (ø 19,5 cm), Museo del Louvre, París, de Moscati, 1988. **50:** Copa con grifos y escarabajos alados procedente de Nimrud (s. VIII a.C.), bronce (ø 21,8 cm), British Museum, Londres, de Moscati, 1988. **51:** Naves fenicias con peces y cangrejos en bajorrelieve del Palacio de Senaquerib, Nínive, (s. VII a. C.), Museo Británico, Londres, de Corzo, 1988. **52:** Bajorrelieve del Palacio de Sargón con barcos fenicios transportando troncos y peces, tortugas, cangrejos y escorpiones, (s. VII a.C.), Musée du Louvre, París, de Moscati, 1988.

► **Plate 2: 28:** Tartessian Pottery fragment with concentric circles, El Carambolo, from http://www.tartessos.info/excav/cerro_macareno35.htm. **29:** Phoenician pottery with concentric figures, Cueva Siete Palacios, Museo Arqueológico, Almuñécar, Granada. **30:** Punic Urn, from the Cortijo de las Sombras (VII-VI century BC), Archaeological Museum of Frigiliana, Málaga, photo by the author. **31:** Yehaumilk votive stele, from Byblos with offering scene and winged solar disc (V century BC), Musée du Louvre, Paris, Moscati, 1988. **32:** Votive Stele from Tyre, with female figure and winged sun disk (s.II BC), Musée du Louvre, Paris, Moscati, 1988. **33:** Votive stele of three sides from Arados, with figures and winged sun disk (I Century BC), Musée du Louvre, Paris, from Moscati, 1988. **34:** Bust in terracotta of female with reminiscent of chrysalis, from the Grotto of Cuyram, Ibiza (third century BC), Archaeological Museum of Ibiza, from Moscati, 1988. **35:** Terracotta female figurine from the necropolis of Puig d'es Molins, Ibiza (fourth century BC), National Archaeological Museum, Madrid, from Moscati, 1988. **36-38:** Phoenician female terracotta figurines from the necropolis of Puig d'es Molins, Ibiza (V-III century BC), Archaeological Museum of Barcelona, Madrid Archaeological Museum, Archaeological Museum of Ibiza, from Corzo, 1988. **39, 40:** Egyptian scarabs, Punic and local found in Nora, Bithia or Sulci (Sardinia) (500-300 BC), Museo Nazionale GA Sanna (Sassari), author's photograph. **41:** Punic Jewels (fourth century BC), Museum of Fine Arts, Cadiz. **42:** Gold buckle with winged scarab, palms and lotus flower, from Tharros (VII--VIth century BC), (12.80 x 3, 40 cm), National Archaeological Museum, Caligari, from Moscati, 1988. **43:** Ring with scarab and Orus eye, gold (VII-VI century BC), The Bardo Museum, Tunis, from Moscati, 1988. **44:** Scarab in green jasper mounted in gold, from Tharros (V-IV century BC), National Archaeological Museum, Caligari, from Moscati, 1988. **45:** Corniole scarab mounted in gold (VI-V century BC), The Bardo Museum, Tunis, from Moscati, 1988. **46:** Breastplate gilt bronze with head of Astarte and rosettes (III-II century BC), The Bardo Museum, Tunisia, from Moscati, 1988. **47:** Necklace with beads and pendant with urei and winged solar disk, from Carthage (VII-VI century BC), silver gilt, Musée de Carthage, Carthage, from Moscati, 1988. **48:** Medallion of Byblos with beetle and Pharaoh Abi Shemu Ip carchute (XVIII BC), gold, enamel and semi-precious stones, National Museum of Beirut, from Corzo, 1988. **49:** Idalion Cup with Pharaoh triumphant and winged disk (VII century BC), silver and gold (ø 19.5 cm), Musée du Louvre, Paris, from Moscati, 1988. **50:** Cup with griffins and winged beetles, from Nimrud (VIII century BC), bronze (ø 21.8 cm), British Museum, London, from Moscati, 1988. **51:** Phoenician boats with fish and crabs in bas-relief of the Palace of Sennacherib, Nineveh, (VII BC.), British Museum, London, from Corzo, 1988. **52:** Bas-relief of the Palace of Sargon with Phoenician ships transporting logs with fish, turtles, crabs and scorpions (VII century BC), Musée du Louvre, Paris, from Moscati, 1988.

